

DEL ARBOL SALESIANO

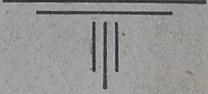
EL PADRE ERNESTO OBERTI



ENSAYO DE BIOGRAFIA
POR.

JESUS FERNANDEZ ESTEVAN

ANTIGUO ALUMNO DEL COLEGIO
DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN,
DE UTRERA.



ESCUELAS PROF. SALESIANAS
CADIZ

34



EL PADRE ERNESTO OBERTI

Cl. ~~J. 278~~

DEL ARBOL SALESIANO

EL PADRE ERNESTO OBERTI

ENSAYO DE BIOGRAFIA

POR

JESUS FERNANDEZ ESTEVAN

ANTIGUO ALUMNO DEL COLEGIO DE
NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, DE UTRERA



BIBLIOTECA SOCIETÀ SALESIANA	
TORINO	
Classe	J. 2
N.	764
Formato	e

ESCUELAS PROFESIONALES SALESIANAS
CADIZ

Nihil Obstat:

LUIS HERNÁNDEZ,
Censor - Delegado

Imprimatur:

Sevilla, 31 de Enero de 1945
FLORENCIO SÁNCHEZ,
Inspector

Nihil Obstat:

FR. ANGEL PEINADOR, O. P.
Censor Eclesiástico

Imprimatur:

Sevilla, 8 de Mayo de 1944
El Vicario General del Arzobispado,
DR. MANUEL GÓMEZ RODRÍGUEZ

*En conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII
no queremos atribuir a ninguno de los hechos referidos
en este libro más fe y autoridad que las puramente hu-
manas, ni queremos prevenir en modo alguno el juicio de
Nuestra Santa Madre la Iglesia.*



EL "PADRE" ERNESTO

Dedicatoria

*Al Redmo. Rector Mayor de
la Congregación Salesiana*

Don Pedro Ricaldone

*en el fausto acontecimiento del
quincuagésimo aniversario de su
Ordenación Sacerdotal, dedico,
con todo el afecto de mi alma,
este modesto ensayo biográfico
del Rdo. Don Ernesto Oberti.*

*Que él desde el Cielo donde,
piadosamente pensando, gozará
de Dios, bendiga a cuantos tu-
vimos la dicha de conocerle y
llamarnos sus hijos.*

Prólogo

Esta biografía viene con un retraso lamentable, sin que de ello quepa culpar a nadie. Cuantos habían conocido al P. Ernesto Oberti la pidieron con la más afectuosa insistencia, pero estos 42 años que nos separan de su muerte han sido tan extraordinariamente densos de acontecimientos para el mundo y para nuestra Congregación, que, uno tras otro, resultaron ineficaces los buenos propósitos de muchos Salesianos deseosos de escribirla. Las dos guerras del 14 y del 39, con su espantosa herencia de ruinas y alarmas sociales, las dos revoluciones españolas de la llamada «Semana sangrienta» y de la Segunda República, que desde su implantación hasta su caída ignominiosa fué una carrera frenética de atropellos y truculencias. Y dentro de la órbita más reducida de la Familia Salesiana, la muerte y sucesión de dos Rectores Mayores, D. Pablo Albera y D. Felipe Rinaldi, y principalmente la Beatificación y Canonización de Don Bosco, que, durante varios lustros, polarizó los entusiasmos de sus hijos y les unió en el anhelo único de magnificar su amor y propagar sus glorias.

Escribir la Biografía de un hombre de acción que procuró siempre ocultar las opulencias de su apostolado bajo la capa huidiza de la humildad, que gustaba de pasar inobservado y sin dar la menor importancia a su trabajo, sembraba a voleo

la semilla del bien en miles de almas necesitadas de amor y orientación; y escribir esta biografía cuando ya no existen apenas documentos ni testigos, es una empresa difícil capaz de poner a dura prueba la paciencia y el ingenio de cualquier escritor. Y esta prueba la ha superado gallardamente mi entrañable amigo Don Jesús Fernández Estevan, harto conocido de los lectores de cosas Salesianas.

Tiene razón cuando dice que este opúsculo lo ha escrito él más con el corazón que con la pluma. En el capítulo X y último, en que nos habla de las flores depositadas sobre la tumba del Padre, es donde tienen su puesto de honor estas 84 páginas de amena y edificante lecturas trenzadas como una guirnalda por las manos solícitas del huérfano de Utrera y fragantes de gratitud.

Yo, que como él, y mejor que él, conocí al «Padre», como todos le llamábamos, digo que esta sencilla biografía es un retrato fidelísimo, al que difícilmente se le podría poner una pincelada más. San Juan Bosco, que hacía bien las cosas, proyectó la Obra Salesiana en España como un gran edificio, bello, majestuoso, indestructible, y no quiso confiar a manos extrañas la formación del sacerdote que debía ser la primera piedra de este edificio; él mismo lo formó, en Valsálce, donde entonces se educaban los hijos de la nobleza subalpina, que no tardaron en distinguir al enviado de Don Bosco con el nombre de «Ojo de la Providencia» por su cariñosa solicitud en vigilarles y atenderles; y esto fué siempre el P. Ernesto durante toda su vida: ojos, manos, corazón de la Providencia para todos los que tuvieron la fortuna de vivir bajo su égida protectora. De Valsálce trajo él, con la santidad y cultura sacerdotales, aquel estilo aristocrático tan suyo y que tantas y tan altas amistades le cautivaba. Nunca pudimos ver en sus modales, en su andar, en su reír, en sus palabras, nada que no fuese correcto y delicado; su sonrisa, especialmente, tenía algo de angelical, y su mirada era tan

dulce y cautivadora que la deseábamos como un premio; a mí es lo que más profundamente se me grabó en el alma, y no sé si me habrían impresionado más la mirada y sonrisa del propio Don Bosco.

Dios le había dotado de un corazón en extremo sensible. Invitado por las autoridades judiciales a prestar asistencia a un pobre condenado a muerte, en la Villa de los Palacios, tuvo que ir en lugar suyo el P. Branda, porque decía que no tendría fuerzas para resistir aquella escena, exactamente como nuestro Santo fundador, que tampoco él podía acostumbrarse a ese género de caridad, de la que al fin le dispensó su Director espiritual, el Beato Caffasso.

Cuando enfermó de muerte la Sra. del Excmo. Señor Marqués de Casa Ulloa, verdadero padre de los Salesianos de Utrera, no se separó un momento de su cabecera y durante semanas enteras le vimos desganado y entristecido.

Recuerdo que en el verano de 1904, que fué el último de su vida, me hallaba yo en Italia, y fué precisamente en Valsálce, cuna de su niñez Salesiana, donde le ví arrodillado ante la tumba de Don Bosco, despidiéndose de él y de todos. El cáncer que le roía el hígado estaba ya en la etapa resolutive de su proceso destructor y aunque él, cargado de pesadumbre, se dirigía a Roma con la esperanza de recobrar allí la salud perdida, Dios le estaba preparando ya el premio en su gloria. Después de recordar juntos el Colegio de Utrera, y a muchos viejos amigos de aquella ciudad, me incliné para besar reverente su mano icterica, mientras de la dulzura de sus ojos, desfigurada por la sucia pátina biliosa, caían abundantes lágrimas.

El autor de esta Biografía hace resaltar óptimamente estas cualidades, y todas las demás que adornaban el alma privilegiada del ínclito Salesiano; añadir nuevos detalles que yo podría sacar de mi memoria sería repetición

inoportuna y alargaría innecesariamente este prólogo que tiene muy recomendada la brevedad.

Siempre tendremos que agradecer a la bien cortada pluma de don Jesús Fernández el que nos haya hecho revivir una figura que los años iban borrando de nuestro recuerdo, y con derecho que nadie sería capaz de discutir, merece ocupar un puesto de primera línea entre los más auténticos fundadores de la Obra de Don Bosco en España.

El gran Colegio de Utrera, conocido y acreditado hoy en todas partes, a pesar de sus 65 años de vida, que es ya una edad respetable para un establecimiento de esta índole, conserva sin mácula ni alteración el sello que él le imprimió.

La casa central de Madrid, próxima a ser la mayor Universidad del trabajo de nuestra patria, está recogiendo con prodigiosa abundancia la cosecha de frutos riquísimos en la que él soñaba, cuando ignorado y pobre, empezó a sembrar entre los niños desvalidos de la calle Zurbano.

La Congregación Salesiana de España, si algún día pensara en erigir monumentos a sus grandes progenitores tendría que esculpir sólo tres estatuas: la de Don Felipe Rinaldi, la de Don Pedro Ricaldone y la de Don Ernesto Oberti.

Ronda, 8 de diciembre de 1945.

SALVADOR ROSÉS S. S.



CARTA-INTRODUCCION

Muy Rvdo. Sr. D. José M.^a Manfredini

Sevilla

Gracias, amadísimo D. Manfredini, gracias con toda mi alma por el honor que se ha dignado dispensarme con el encargo de escribir la Biografía de nuestro queridísimo e inolvidable Don Ernesto Oberti.

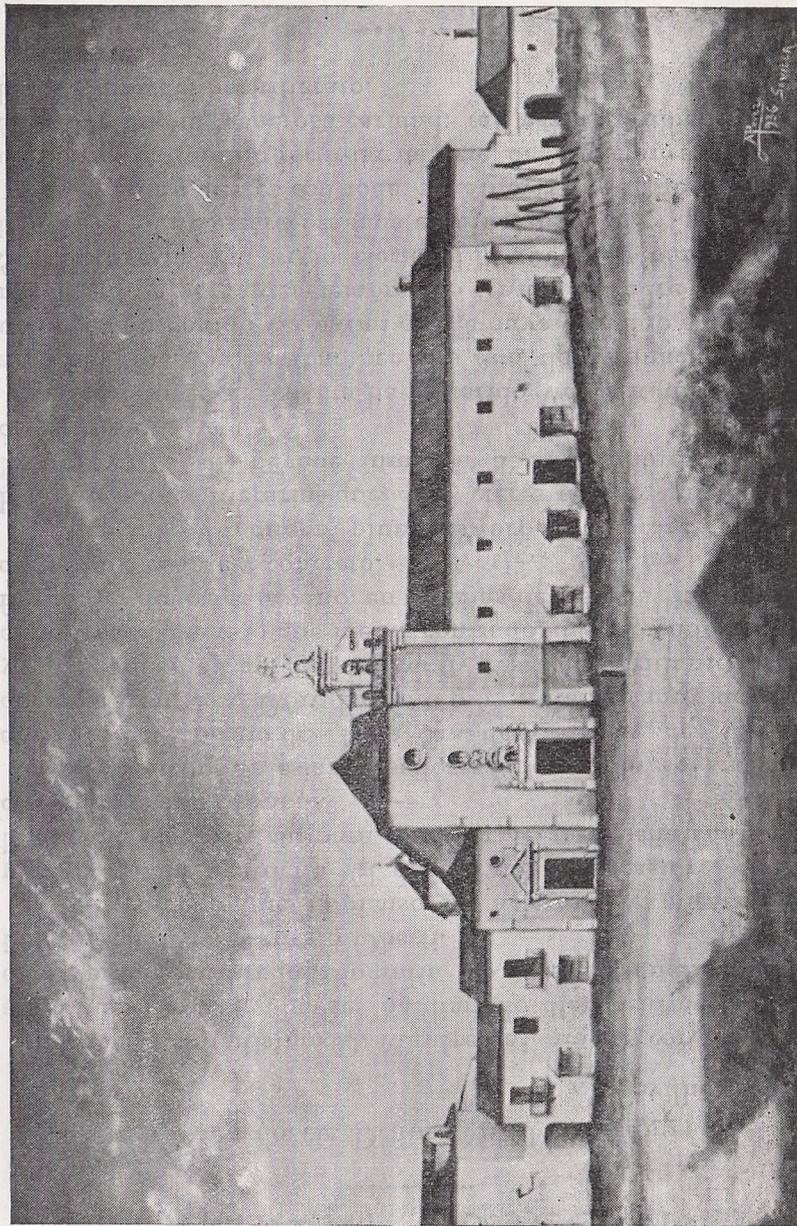
Por mucho que lo pienso no acierto a explicarme el por qué se ha acordado Vd. de mí en esta ocasión, qué es lo que ha visto en mí para concederme tan señalada merced y honra tan preciada.

Hay muchos Salesianos, señores Cooperadores y antiguos alumnos del Colegio de Ntra. Sra. del Carmen, de Utrera, que vivieron con Don Ernesto o le trataron muy de cerca y entre ellos hay quienes hubieran realizado brillantemente el honroso cometido que me ha confiado, describiendo la gran figura del ilustre salesiano, en páginas de galana literatura y de estilo elegante y concreto.

Bien sabe Vd. que mi pluma es torpe y que carezco de las brillantes dotes literarias que con creces poseen muchos de los que forman la pléyade inmensa de admiradores del Padre Ernesto.

Desde luego me consta ha preferido Vd. sea un antiguo alumno quien la escriba. Sentada esta determinación, sólo una cosa ha podido ver en mí que le haya decidido a escogerme: el gran amor que siempre he tenido al Padre Ernesto. Si es esto, está Vd. en lo cierto; él lo fué todo para mí, su imagen siempre estará grabada en mi corazón.

¿Cómo no querer con toda mi alma al que fué para mí un padre? ¿Cómo no recordar la serie de atenciones que de él recibí? Sin su generosa caridad, tal vez no hubiera hecho los estudios del bachillerato.



La Iglesia de la Virgen del Carmen y a su derecha la primitiva casa salesiana

El año 1891, siendo yo muy niño, pues apenas contaba siete años de edad, ingresé en el Colegio del Carmen.

Allí cursé las primeras letras y los dos primeros años de la segunda enseñanza; luego, por asuntos de familia, pasé a seguir mis estudios en 1897 a un Colegio de la misma localidad; allí fué a buscarme el bondadoso corazón del inolvidable Padre, pues no sé cómo se las arregló, que estando yo en el susodicho colegio, obtuvo me dejaran salir a mitad del curso para hacer los E. Espirituales con los alumnos del Carmen.

Y no paró aquí; de nuevo me prodigó sus ternezas paternales. Terminado el curso de 1897, impulsado por una generosidad, explicable tan sólo por su corazón de padre, compadecido de mí, pues sabía que desde muy niño había perdido a los míos, no paró hasta ponerme de acuerdo con mi tutor.

Expúsole éste los grandes inconvenientes que había para que yo volviese al Carmen; aún estaba por abonar casi la pensión íntegra del Colegio en que yo había estudiado el tercer año, y además no estaba en condiciones de poderme hacer el equipo necesario para ingresar como alumno interno.

No paró en barras el gran Padre; su generoso corazón venció todas esas dificultades; pagó la pensión que quedaba pendiente en el otro colegio, proporcionó lo necesario para los gastos precisos, y se comprometió a admitirme como interno para que yo cursase los dos últimos años del bachillerato sin que por entonces tuviese que pensar mi familia en gastos de pensión, ni libros, matrículas y demás. Ya se le abonaría cuando se pudiera.

Este mutuo convenio entre mi tutor y Don Ernesto, consta en documentos firmados por ambos, y que conservó como oro en paño, cual prueba del gran amor que me dispensó siempre aquel gran Salesiano, cuyo recuerdo jamás se borrará de mi memoria.

Y ¿cómo olvidar la distinción con que me honró haciéndome ir con él y en compañía del entonces Padre Prefecto?

D. Joaquín Bressán, y de mi discípulo y gran amigo Don Ignacio Pérez, en la actualidad Salesiano ejemplar, en representación del Colegio del Carmen, a esperar en Llerena de la Sierra al sucesor de D. Bosco, el Rvmo. D. Miguel Rua, acompañándole en su solemne y triunfal entrada en Sevilla?

Como ve, amadísimo D. Manfredini, tengo motivos sobrados para aceptar su honoroso ofrecimiento y escribir con el mayor entusiasmo no la Biografía de nuestro inolvidable Don Ernesto, sino unos modestos rasgos de su preciosa vida.

No encontrará en ella literatura alguna, pero sí sé decirle que en cada capítulo, en cada página, en cada línea y en cada letra va mi corazón entero, y lo único que siento es no poder enaltecer como se merece la gran figura del buen Padre, y no poder honrar dignamente su memoria.

Allá van pues esas cuartillas; mezcladas verá Vd. la sencilla narración con reflexiones y comentarios, amén de algunas impresiones personalísimas, que mi pluma desobediente no ha sabido contener: tal vez no haya orden ni concierto; es que el corazón no sabe sujetarse a las exigencias de una exposición calculada y metódica.

Termino, amadísimo D. Manfredini, con las mismas palabras con que di comienzo a la presente carta: gracias con toda mi alma.

Sabe Vd. que de verdad le aprecio y que puede contar incondicionalmente con su afmo. hijo in Corde Jesu q. b. s. m.

JESÚS FERNÁNDEZ (1)

Madrid, 29 Marzo 1931.

(1) Estas modestas páginas fueron escritas para ser publicadas coincidiendo con las solemnes fiestas que habían de celebrarse en Utrera para conmemorar las *Bodas de oro* de la fundación del Colegio de Ntra. Sra. del Carmen, y con tan fausto suceso, la llegada de los primeros Salesianos a España, pero Dios lo dispuso de otro modo; los acontecimientos políticos que trajeron como consecuencia el advenimiento de la 2.^a República española, dieron al traste con todos los preparativos que venían haciéndose y las fiestas y la conmemoración quedaron suspendidas.

Al fin, van a publicarse, y aparecerán tal como se escribieron en aquel entonces.



CAPITULO PRIMERO

LLEGADA A UTRERA DE LOS PRIMEROS SALESIANOS QUE VINIERON A ESPAÑA.

Entre los primeros Salesianos que llegaron a nuestra amada España allá por los años de 1881, enviados por Don Bosco, a ruegos y requerimientos del Emmo. Cardenal Lluich, Arzobispo de Sevilla, y del Excmo. Sr. Marqués de Casa Ulloa ilustre prócer de la ciudad de Utrera, figuraba nuestro inolvidable y queridísimo D. Ernesto Oberti.

Utrera fué el campo de acción en donde empezaron a revelarse la actividad incansable y el celo apostólico del nunca bastante llorado D. Ernesto, y ya desde los comienzos de la vida de aquella primera familia Salesiana, dirigida por el entonces Sacerdote Juan Cagliero, más tarde digno miembro del Sacro Colegio Cardenalicio, empezó a dibujarse la gran fi-

gura del malogrado D. Oberti, que había de adquirir con el tiempo proporciones extraordinarias, llegando a ser una de las más preciadas glorias de la Congregación Salesiana en España.

Por lo que apuntado queda no nos parece fuera de sitio el tratar, aunque brevemente, de la llegada de los primeros Salesianos a Utrera, rindiendo así al propio tiempo ferviente homenaje de gratitud y cariño a la hospitalaria ciudad de la Virgen de Consolación, máxime por coincidir la publicación de esta pequeña Biografía con las solemnes fiestas que conmemoran las *Bodas de oro* de aquella venturosa llegada, origen fecundo de los copiosos y opimos frutos de santidad y ciencia reportados a nuestra querida España por la Congregación Salesiana durante el correr de media centuria.

De la entusiasta y cariñosa acogida que las Autoridades civiles y eclesiásticas y el pueblo utrerano dispensaron a los primeros Hijos de D. Bosco que vinieron a honrar a nuestra patria y a propagar en ella la devoción a María Auxiliadora, fundamento y base de su futuro progreso y desarrollo, nos da idea la hermosísima carta de D. Juan Cagliero al Rvmo. Don Miguel Rúa, escrita con la unción de un apóstol y dejando entrever en ella las esperanzas e ilusiones más halagadoras, esperanzas e ilusiones que el tiempo se ha encargado de convertir en verdaderas y consoladoras realidades, constituyendo éstas, pruebas inequívocas de que el Señor bendijo aquellas primeras semillas sembradas por los Salesianos en tierras de Andalucía.

Dice así la mencionada carta:

«Querido D. Rúa: Mi última carta estaba fechada en Gibraltar y ésta lo es en Utrera y os anuncia el término de nuestro viaje, el cual ha durado doce días en vez de seis, a causa de los contratiempos sufridos durante el mismo.

Del Peñón Calpense (nombre dado a Gibraltar por los Celtas, o Ghebel-Tarik por los Arabes) partimos el 15 del

corriente, a las siete de la mañana, a bordo de un pequeño vapor costero, el *James Xagues*, y llegamos a Cádiz a las cinco de la tarde después de haber tocado en Algeciras y pasado a la vista de Tarifa, dos ciudades de España destinadas una a guardar la bahía, frente a Gibraltar, y la otra a defender el paso a Europa, en el centro del Estrecho.

Este trayecto que nos habría costado todo lo más 8 horas de viaje, nos costó 10, porque al salir del Estrecho un balanceo de lo menos agradable nos esperaba a corta distancia, balanceo acompañado de lluvia torrencial, del mugido del viento desencadenado y del ruido que hacía al quitar de su sitio la batería de cocina de a bordo. Nuestra nave parecía un pequeño barco de cartón, golpeado, agitado y sacudido por las enfurecidas olas del Océano. Y nosotros, como otros tantos estorbos, rodábamos de aquí para allá, semejando hombres ébrios y sometidos todos *vel absolute vel secundum quid* a un purgatorio que no desearía ni aun al caballo de bronce de la plaza de S. Carlos.

Gracias a Dios llegamos a Cádiz al caer de la tarde, pero con el estómago vacío, la cara pálida y el cuerpo maltrecho.

Pasamos del vapor a un barquichuelo y viendo que ninguno de los siete faltaba, en marcha,—dije al barquero,—y descendimos a tierra, que sin duda a causa del mareo que el mar había dejado en nuestro cerebro, parecía poco firme.

Un caballero de una cortesía exquisita, a quien habíamos sido recomendados por el Sr. Alcalde de Utrera, nos esperaba en el desembarcadero y, con la finura proverbial de los andaluces, nos dió la bienvenida y nos condujo a la Aduana para la inspección de nuestros equipajes. Cumplida esta formalidad, nos dirigimos al hotel para tomar algún alimento y dormir hasta el día siguiente. Despertados, saludamos a María, estrella del mar, que nos había conducido sanos y salvos al puerto, y fuimos a celebrar la Santa Misa a la iglesia de Ntra. Sra. del Rosario. Visitamos la ciudad que tiene 54.000 habitantes, no-

table por sus hermosas calles rectas, sus vastas plazas, sus casas blancas, provistas de balcones, esbeltas y casi todas de tres pisos. Entramos en la Catedral y estábamos admirando la bella arquitectura de las tres naves, sostenidas por 150 columnas de estilo corintio, cuando fuimos objeto de las demostraciones más afectuosas por parte de un respetable anciano, que no era nada menos que el Ilmo. Sr. Deán de la Diócesis.

A las dos ya estábamos en el tren, sentados sobre las *blandas* banquetas de 3.^a clase, en dirección de S. Fernando, Puerto Real y Puerto de Sta. María. El ferrocarril describe una larga curva al rededor de estas tres importantes y populosas ciudades, asentadas sobre la playa tan pintoresca de la bahía de Cádiz.

Después de una hora de camino, se detuvo el tren en la ciudad no menos populosa de Jerez, famosa por sus vinos, célebres en todo el mundo.

Después de tres horas de ferrocarril, pasadas sin ningún otro incidente digno de mencionarse, a excepción de la vista de los campos inundados por el Guadalquivir, como lo anunciaron los periódicos Italianos, llegamos a Utrera, a las últimas luces del día. Llovía, el viento soplaba y hacía frío; apesar de esto nos aguardaban con impaciencia en la estación el respetable Sr. Vicario señores Curas, Sr. Alcalde, el Excmo. Señor Marqués de Casa Ulloa con su hijo y su yerno, nuestros insignes bienhechores, varios otros señores y gran parte del pueblo.

Nos abrazamos como hermanos y fuimos en coche hasta la puerta de la iglesia de Ntra. Sra. del Carmen, cedida por S. E. el Sr. Arzobispo de Sevilla, para realizar en ella nuestras funciones religiosas.

El agua bendita nos fué ofrecida por un sacerdote que nos recibió revestido con sobrepelliz, y acto seguido nos dirigimos al altar para adorar al Santísimo Sacramento; y después visi-

tamos las diferentes capillas iluminadas y llenas de fieles, para venerar a María nuestra celestial Madre.

El resto de la tarde se pasó en un santo ágape en casa del Sr. Marqués, acompañados del Sr. Vicario y del clero, retirándonos después a la casa contigua, designada por nuestro bienhechor para nuestra residencia.

Al siguiente día fuimos nuevamente honrados con las visitas del clero, del Sr. Alcalde y de varios otros señores y damas que venían a expresar su satisfacción por la llegada de los Salesianos a España y particularmente a su Ciudad, ofreciéndonos, según costumbre, sus servicios y sus domicilios: admirable cortesía y conmovedora urbanidad de esta noble y católica nación.

El sábado siguiente cantamos una Misa en canto llano, en el altar de la Santísima Virgen, con acompañamiento de armonium, lo que fué bastante para entusiasmar a los buenos utreranos. El domingo nos mostramos verdaderamente italianos, cantando algunos motetes y el *Tantum ergo* con música. Además se había esparcido la noticia de que por la tarde predicaría uno de nosotros y daría la bendición con S. D. M. en la iglesia del Carmen, llamada ya iglesia de los PP. Salesianos. Por esto fué grande la afluencia de fieles venidos de todas partes.

En efecto, a las siete de la tarde, después de un repique ensordecedor, salí de la sacristía y arrodillado delante del altar de la Sma. Virgen, dirigí el rezo del Sto. Rosario, en castellano, como es costumbre; después subí al púlpito y pisoteando el amor propio, y echando a un lado la Gramática y a otro el miedo, expliqué, en lengua española, al numeroso auditorio nuestro programa.

Dije: 1.º Quiénes son los Salesianos.—2.º Qué han hecho en Italia, Francia y América.—3.º Qué han venido a hacer en España.

Bajé del púlpito y subí al coro, mientras D. Carlos Pane,

D. Ernesto Oberti y el clérigo Atzeni, con otros sacerdotes, salieron al altar para la bendición.

Ayudado de dos virtuosos del canto, D. Branda y su hermano, asistidos por Goitre que tenía la luz, cantamos un motete y el *Tantum ergo*, con tal habilidad que nos valió los aplausos del pueblo durante dos días. En las reuniones de la ciudad, el tema de todas las conversaciones era éste: ¡Ah, sí, sí, los italianos son verdaderos músicos!

Las cosas dignas de mencionarse en Utrera son: una de las monedas de Judas, dos bellas iglesias parroquiales y una torre cuya gallardía asombra y es célebre por su arquitectura. Sus 14.000 habitantes son laboriosos, afables y muy diligentes. Siguen las antiguas tradiciones de los verdaderos andaluces, es decir, guardan un gran respeto y veneración a los sacerdotes a quienes saludan los hombres, y los niños acuden a besar su mano.

Entre ellos tienen la hermosa y cristiana costumbre de saludarse diciendo estas palabras: *Vaya Vd. con Dios*.

Sin embargo, los protestantes han establecido ya sus reales; celebran reuniones, dan clase a los niños; hemos llegado a tiempo, y con la ayuda de Dios, del trabajo y de la oración contrarrestamos sus esfuerzos.

Mañana iremos D. Juan Branda y yo a Sevilla para presentar nuestros respetos al Señor Arzobispo y recibir sus órdenes.

Los hermanos alegres y contentos saludan a sus hermanos y me uno a ellos para decirlos que soy siempre

Vuestro muy afectísimo

JUAN CAGLIERO, PBRO.

Utrera 22-2-1881.» (1)

La precedente carta nos informa que los Salesianos de Utrera debían visitar al Sr. Arzobispo de Sevilla. La visita

(1) Véase el Boletín Salesiano de Mayo de 1881—edición francesa.

se realizó, y el Eminentísimo Prelado quiso dar él mismo la noticia, escribiendo la siguiente carta:

«Sevilla 22-2-1881.

Reverendo D. Juan Bosco:

Vuestros hijos han llegado a Utrera en medio de las demostraciones de simpatía y gozo de mis queridos andaluces. Hoy mismo he recibido la visita de D. Cagliero y del Superior de esta residencia. Ya ejercen su sagrado ministerio. Espero que harán un gran bien a España. Les he preparado otra casa en Ecija, sede episcopal que fué de San Fulgencio. Estad seguro, querido D. Bosco, que seré *su gran Papá*. Cuando veáis al Santo Padre, dignaos besarle el pie por mí. Hoy o mañana le escribiré con ocasión del aniversario de su coronación.

Encomendadme al Señor y creedme en el Corazón de Jesús,

Vuestro T. humilde y verdadero servidor

JOAQUÍN, Arzobispo de Sevilla.»

El digno sucesor de los Leandros e Isidoros en la Sede Hispalense fué para los Salesianos su gran protector, el padre amante que les abrió sus brazos y les dispensó los tesoros de su acendrado amor.

Buena prueba de ello dió interesándose por ellos personalmente en la visita que les hizo el 14 de Junio de aquel año de 1881.

Anuncio de tan grata nueva fué una carta del Ilmo. señor Provisor de la Diócesis al Sr. Arcipreste de Utrera comunicándole que S. E. Reverendísima iría a aquella Ciudad con objeto de visitar a los Hijos de D. Bosco, dispensándole del recibimiento oficial.

Era la visita del Padre que venía a ver a sus hijos predilectos y no quería nada oficial porque su visita era motivada tan solo por el deseo de pasar unas horas con los Salesianos,

queriendo conocerlos personalmente a todos y honrarlos, honrando en ellos al gran D. Bosco.

Habiéndose extendido la noticia, no obstante los deseos manifestados por S. E. dispensósele a su llegada un solemne y entusiasta recibimiento en el que tomaron parte todas las autoridades civiles, eclesiásticas, militares y judiciales (1), y entre todas estas dignas representaciones encontrábanse los Salesianos aguardando a su amado bienhechor y padre.

Apenas descendió del tren S. E., al divisar a los Hijos de D. Bosco, sus primeras palabras, brotadas del corazón, y reflejándose en su rostro la alegría que le inundaba, fueron:

«¡Ah, he aquí a mis hijos los Salesianos!»; y los abrazó efusivamente.

Adelantándose éstos a la Comitiva, recibieron con el ceremonial de rigor, al Reverendísimo Prelado en la puerta de la iglesia de Ntra. Sra. del Carmen que se encontraba materialmente llena de fieles.

Su Eminencia penetró en el templo, y después de orar ante el Santísimo Sacramento, pasó a la Sacristía donde se informó de todas nuestras cosas, entrando nuevamente en la Iglesia, admirando la nueva capilla de S. Francisco de Sales que su Vicario General había bendecido, por delegación, el 3 del mismo mes. Pasamos horas deliciosas en su compañía; Su E. dirigió a todos los cofrades palabras afectuosas y de aliento; nos recordó una vez más que es y será siempre *el gran Papá* de los Salesianos. Finalmente nos dió su bendición diciéndonos que pronto nos llamaría a Sevilla, para fundar una nueva casa, sin dejar por eso a Utrera donde hemos hecho nuestras primeras armas.

Solemnes y grandiosos resultaron los primeros cultos ce-

(1) Téngase en cuenta que por aquel entonces, Utrera era una de las cabezas de partido judicial que tenía Audiencia.

lebrados en Utrera en honor de María Auxiliadora durante el mes a Ella consagrado, según nos lo describe D. Juan Branda en su carta de 16 de Junio de 1881 al Rvmo. D. Bosco (1) donde da cuenta al mismo tiempo de la generosa protección de algunas bienhechoras de la ciudad, y de modo especialísimo de la incesante y cariñosa amabilidad del Excmo. Sr. Marqués de Casa Ulloa, de quien D. Juan Branda dice en la postdata de dicha carta, «*Es nuestra providencia*».

Ya están los obreros en la Viña del Señor, es decir, ya están en Utrera los Salesianos enviados por D. Bosco. Utrera haciendo honor a su proverbial hidalguía, los ha recibido con los brazos abiertos, rivalizando todos en agasajarles y atenderles con alma y vida.

Con tan felices auspicios, favorecidos de modo tan visible por Dios Nuestro Señor y su Santísima Madre María Auxiliadora, con la protección del dignísimo Prelado y la del ilustre patricio el Excmo. Sr. Marqués de Casa Ulloa y de otros insignes bienhechores de la hospitalaria ciudad de Utrera, huelga decir que la obra de D. Bosco echó raíces profundas en tan simpática ciudad, desarrollándose, en el transcurso de los años, de tal modo que el Colegio de Ntra. Sra. del Carmen, de Utrera, cuna gloriosa de la Congregación Salesiana en España, es hoy una de sus joyas más preciadas.

En ese jardín tan ameno, formado por los primeros Salesianos llegados a Utrera, donde se aspira el perfume delicado de la devoción a María Auxiliadora, fundamento y base de su gigantesca obra, existía una flor sencilla y humilde que bien pronto había de llamar la atención por su esbeltez y lozanía y por el aroma de sus virtudes que todo lo inundaría y embalsamaría. Esa flor que exhala fragantes perfumes, fué D. Ernesto Oberti, a quien el mismo D. Bosco, conocedor de su gran valía, confió al marchar D. Juan Branda a fundar la Casa

(1) Véase el Boletín Salesiano de Julio de 1881 — edición francesa.

de Sarriá, la dirección del Colegio de Utrera, seguro de que ponía en buenas manos el desarrollo y prestigio de aquella obra que tan copiosos frutos prometía.



CAPITULO II

NACIMIENTO DE D. ERNESTO.—SU INGRESO EN LA CONGREGACIÓN SALESIANA.—SU VENIDA A ESPAÑA.—DA CLASE AL PRIMER ALUMNO.—ES NOMBRADO DIRECTOR DE LA CASA DE MÁLAGA.—SUSTITUYE AL PADRE BRANDA EN LA DIRECCIÓN DE LA CASA DE UTRERA.—DOCUMENTO AUREO.—SU RECOGIMIENTO Y PUREZA.

Nació D. Ernesto Oberti en Raconigi (Italia), el día 7 de Mayo de 1854.

Atraído por la fama de D. Bosco y dada su vocación que le impulsaba a abrazar el Sacerdocio y a dedicarse a la educación de la niñez, acogióse al buen Padre al que se entregó por completo, haciendo su profesión religiosa en Turín el 28 de Enero de 1876.

Del buen concepto y estimación que a D. Bosco mereció el joven salesiano da idea el hecho de que conociendo como conocía el buen Padre el corazón de sus hijos, apenas fué ordenado de sacerdote, le envió como profesor al Colegio de Valsálice, que en aquel entonces era Colegio de nobles, y más tarde, en el año 1881, lo destinaba como Prefecto a la Casa de Utrera, primera fundación Salesiana en España.

Uno de sus hermanos religiosos que formaba parte de la misma expedición, el entonces clérigo Atzeni, refiere que no tardó en llamar la atención D. Ernesto, a bordo del Humberto I, buque en que hicieron la travesía de Génova a España. Cuantos le veían quedaban prendados de su carácter grave sin afectación, siempre amable con todos y dispuesto a servirles dentro de su sagrado ministerio o como enfermero.

Una vez establecidos en Utrera, dedicóse con afán a estudiar el castellano en su vehemente deseo de poderse dedicar cuanto antes a las funciones propias del sacerdote, y a fe que no tardó en honrar a su queridísimo amigo D. Enrique Muñoz, que le sirvió de profesor en la lengua de Cervantes, pues al muy poco tiempo empezó a hablar el Castellano con buena pronunciación y bastante correctamente.

Fué D. Ernesto el primer salesiano que dió clase en España, y en condiciones que pusieron de manifiesto las virtudes de su corazón.

Presentóse un día (Septiembre de 1881) un pobrecito niño para que le dieran clase. El Director de la Casa, Padre Branda, encargó de este cometido al P. Ernesto, y fué digna de admiración la caridad inmensa con que acogió al rapazuelo y la paciencia con que, día por día, fué enseñándole el cartel.

¡Qué contraste!, acababa de dejar la Cátedra del Colegio de nobles, en Valsálice, y ahora consagraba sus trabajos a un niño pobre, rudo y sucio, y daba la clase con todo el entusiasmo de su alma, con alegría inmensa, pues bien sabía que tam-

bién con un niño pobre empezó D. Bosco su gran obra, en la sacristía de S. Francisco de Asís.

Por ser este niño como la piedra fundamental del gran edificio de la Obra Salesiana en España, justo es consignemos aquí su nombre; se llamaba Pedro Gómez; más tarde fué un honrado obrero.—Así son las obras de Dios; todas ellas se sientan sobre bases sencillas y humildes.

Como el Cabildo Catedral de Málaga solicitase que los Salesianos se encargaran del Asilo de S. Bartolomé, D. J. Branda, previa consulta y autorización de D. Bosco, aceptó la oferta y apreciando en lo que valían las altas dotes que adornaban a D. Ernesto, fué designado éste como Director de la nueva casa.

Esta determinación tan honrosa para nuestro biografiado, dió motivo para que le exteriorizasen las grandes simpatías que había sabido ganarse en Utrera. Multitud de señoras vinieron a rogar a D. J. Branda con insistencia que revelaba el respeto y cariño que tenían al P. Ernesto, que éste no saliera de la ciudad. No se resignaban a quedarse sin su padre espiritual, sin su sabio consejero que con tanto celo y fervor dirigía sus almas. Inútiles fueron sus ruegos, el Director de la nueva Casa Salesiana, hijo de la Obediencia, partió para donde sus Superiores le enviaban, entre las lágrimas de sus hijos espirituales.

Afortunadamente para ellos, no llegó a formalizarse la nueva casa y D. Ernesto regresó nuevamente a Utrera en calidad de Prefecto.

Muy poco tiempo faltaba para que terminase el plazo de los cuatro años convenidos con el Excmo. Señor Marqués de Casa Ulloa. El horizonte no se presentaba muy despejado, porque quedarse los Salesianos en la ciudad solamente con la iglesia de Ntra. Sra. de Carmen y el Oratorio Festivo era casi imposible.

En tales circunstancias D. Ernesto manifestó que de no

establecerse un Colegio de 1.^a y 2.^a Enseñanza, los Salesianos abandonarían a Utrera. Cundió la noticia que fué acogida con disgusto, pero ninguno colaboró con su óbolo para que pudiera llevarse a cabo el referido proyecto.

Estaba de Dios que Utrera había de ser la cuna y la Casa Madre de los Salesianos en España, y el Excmo. Sr. Marqués de Casa Ulloa el instrumento de que se sirviera María Auxiliadora para sentar sus reales definitivamente en tan simpática ciudad.

La generosa cooperación de tan insigne bienhechor hizo que muy pronto se alzase junto a la iglesia del Carmen el Colegio de 1.^a y 2.^a Enseñanza, que lleva el mismo nombre.

Cuando el Rvmo. D. Juan Branda fué designado por D. Bosco para que fundase en Sarriá (Barcelona) una nueva Casa Salesiana, quedó el P. Ernesto como Director de Utrera.

Y véase cómo sucedió esto:

Era en los comienzos de Febrero del año 1881. D. Bosco, en persona, había ido a Génova a despedir a los primeros Salesianos que mandaba a España.

Estando en el puerto, y después de despedirse cariñosamente de todos, de darles su paternal bendición y comunicar a D. Cagliariro, que iba como Jefe de la expedición, las últimas instrucciones, llamó a D. Branda y hablándole confidencialmente, mientras sus miradas se perdían en el espacio, como si estuviese viendo algo que el Señor le revelaba, le dijo:

—Irás a Utrera y allí estarás como Director de aquella Casa, la primera de España; pasados dos años, una respetable señora nos llamará a Barcelona y entonces tú irás allá para fundar una nueva Casa.

La profecía de D. Bosco tuvo un feliz cumplimiento en el tiempo marcado.

Dos años más tarde, una ilustre dama catalana, la Excma. Sra. D.^a Dorotea Chopitea, viuda de Serra, expresaba a su

verno los deseos de cumplir los mandatos de su difunto esposo D. José M.^a Serra.

Era voluntad de éste buscarse una Comunidad religiosa que se dedicara a la enseñanza y educación de la clase obrera y estableciesen una fundación en Barcelona.

Transcurrió el tiempo y no obstante los trabajos y la actividad que desplegara el hijo político de D.^a Dorotea, tuvo éste que manifestarla no encontraba lo que deseaba.

Y era que en los altos designios de Dios estaba acordado fuesen los Salesianos los que debían establecerse en la capital de Cataluña.

Inexcrutables son los caminos de la Divina Providencia para el logro de sus fines.

Una tarde, D.^a Dorotea de visita en casa de unos amigos, se condolía de no poder encontrar la Comunidad religiosa que deseaba, a fin de dar cumplimiento a la voluntad de su esposo. Entonces, uno de los presentes le enseñó un Boletín Salesiano que le enviaba desde Marsella D. Albera, diciéndole, al propio tiempo que creía haber encontrado lo que ella deseaba.

Complacida D.^a Dorotea con la lectura de aquella Revista y tocada por la gracia de lo alto, comprendió ser la obra de D. Bosco la que ella necesitaba, y escribió inmediatamente al siervo de Dios, exponiéndole sus deseos.

Accediendo a éstos, D. Bosco envió a D. Juan Cagliariero a Barcelona, y entrevistándose con D.^a Dorotea, buscaron entrambos una finca en las afueras de la ciudad, y fué en Sarriá donde se fundaron las renombradas Escuelas Profesionales Salesianas, siendo nombrado D. Juan Branda su primer Director, quedando entonces nuestro D. Ernesto Oberti como Director del Colegio de Ntra. Sra. del Carmen en Utrera, cargo que desempeñó con gran contentamiento, primero de D. Bosco, y luego de D. M. Rua, hasta final del Curso 1898-99.

Difícil es hablar de él como Director, o mejor dicho como Padre, pues así lo llamaban todos en Utrera, así lo llamaban los de la casa, y por cierto que el tratamiento le cuadraba admirablemente, pues era más bien padre de sus hermanos y niños que Director; era un verdadero padre de familia que amaba con ternura a los suyos siendo igualmente querido por sus hijos los Salesianos, por los alumnos del Colegio y por los parientes de éstos. Padre hubo que puso a su hijo en el Colegio, movido tan sólo de la veneración y simpatía hacia su Director.

Algún tiempo después España y de modo especial Andalucía se vió azotada por el terrible azote del cólera que causó tremendas desgracias.

De aquella época es la siguiente carta, que obra en el Archivo del Colegio de Ntra. Sra. del Carmen, dirigida a Don Ernesto por D. Bosco, carta que no dudo en calificar de *documento aureo*, por ser de quien es, por las hermosas enseñanzas que encierra y por los consejos que en ella da.

Traducida dice así:

«Mi querido D. Oberti (Utrera)

Creía poderte ver en estas vacaciones con algunos de nuestros hermanos; pero las desgracias públicas quizá nos privarán de este consuelo.

Mientras nosotros nos sometemos a la voluntad de Dios, no nos desalentemos, Dios está siempre con nosotros; todos los Salesianos están dispuestos a hacer cualquier sacrificio para ayudarte.

Si alguna vez te hallas necesitado para ayudar a los niños que han quedado huérfanos por el cólera, dímelo y estudiaremos la manera de socorrerte. Lo mismo pensamos hacer en Francia e Italia, en donde hasta el presente, gracias al Cielo, no hemos experimentado el terrible castigo. Espero noticias detalladas de nuestros queridos hijos y si puedes preparar en España alguna vocación para el estado eclesiástico,

ansío conocer nombre y apellidos de nuestros bienhechores especialmente de la familia Ulloa.

Acuérdate que un poderoso antídoto contra el cólera, es el siguiente, que tú procurarás practicar y recomendar:

Llevar una medalla de María Auxiliadora.

Rezar todos los días la jaculatoria: *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.*

La Comunion frecuente.

Saluda cariñosamente a tus niños y a todos nuestros bienhechores, y asegúrales que todos los días rezo por su felicidad espiritual y temporal. Dios nos bendiga a todos y nos conserve en su santa gracia, y os suplico recéis por mí que seré siempre en J. C.

Affmo. amigo

JUAN BOSCO, PBRO.

Turín 10 Agosto de 1885.»

Hermosísima carta que el Colegio de Utrera conservará, ciertamente, como oro en paño, como se conserva la reliquia de un santo. En ella manifiesta D. Bosco su gran corazón, lleno de dolor ante las horribles desgracias producidas por el cólera, su caridad para los huérfanos y su fe en María Auxiliadora y la Sagrada Eucaristía, únicos remedios eficaces para librarse de la mortal enfermedad.

A tener del corazón de D. Bosco era el de D. Ernesto. Si conociésemos la contestación que dió a la anterior carta, veríamos, también en ella reflejada su caridad y su ternura paternal. Era digno hijo del gran D. Bosco.

Una de las virtudes que más llamaba la atención en el Padre Ernesto fué su recogimiento habitual, su continente mesurado y grave, pero tan natural y sencillo que echábase de ver bien a las claras no había en él afectación alguna.

Siempre y en todas partes iluminaba sus pasos la presencia

de Dios; de aquí el comportamiento de su persona, tan respetable y digno, la modestia en su mirada y en todos sus actos, modestia que le rodeaba de una aureola que si era invisible a los ojos humanos, notábase no obstante en la majestad de su persona, que subyugaba a cuantos a él se acercaban obligándoles a adoptar también una actitud respetuosa y grave.

Ese recogimiento y esa modestia, en él tan característicos y peculiares, eran como los celosos guardianes de un rico tesoro que avaro guardaba en su pecho, *su pureza*.

Era el corazón del Padre Ernesto puro y limpio como el hábito de los ángeles, y aborrecía naturalmente cuanto se oponía a la bella virtud.

Era su pureza ese algo especial que irradiaba de su persona y todo lo envolvía y embalsamaba con su delicado perfume.

Fué siempre dueño de sí, hasta de sus movimientos más insignificantes, de sus palabras, de sus gestos y de sus miradas. Este dominio absoluto de su ser, suponía una constante vigilancia de sí mismo; y la clave, el fundamento de su angelical pureza no sólo lo encontramos en esa vigilancia y en su espíritu de oración, sino tal vez también en la mortificación de su carne, como parece indicarlo el siguiente hecho:

En uno de los veranos en que el buen Padre hubo de marchar a Turín para asistir al Capítulo General, el Prefecto de Utrera aprovechó la ausencia del Director para desalojar por completo su dormitorio y despacho.

Es de notar que sólo él ocupaba desde hacía muchísimos años esas dos dependencias.

Procedióse a sacar todos los enseres que contenían y, ¡oh sorpresa del Padre Prefecto!, en una mesita, muy ocultas y envueltas en unos trapos, encontró unas disciplinas teñidas en sangre.

Nuestro inolvidable Padre Ernesto maceraba sus carnes y de continuo vigilaba su ser para conservar siempre la virtud

angelical, que formaba la mejor diadema que orló su frente. ¡Qué ejemplos y qué enseñanzas tan edificantes!

En el desempeño de su ministerio sacerdotal fué modelo acabadísimo: emocionaba verle celebrar el Sto. Sacrificio de la Misa; su rostro reflejaba la fe con que se acercaba al altar, y penetraba en el lugar santo, moviendo a devoción verle en la iglesia, bien fuese en la meditación o en la visita a Jesús Sacramentado.

Fué, pues, nuestro buen Padre, hombre de oración y de penitencia, religioso ejemplarísimo, cuyo corazón sentíase abrasado por el celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Fué modelo de pureza y recogimiento. De él puede muy bien decirse lo que del Sto. Obispo de Ginebra, que en el interior de su habitación tenía la misma compostura y recogimiento que si estuviese en presencia de una gran multitud.

CAPÍTULO III





CAPITULO III

DE OTRAS VIRTUDES Y HECHOS EDIFICANTES.—DEFINICIÓN DEL COOPERADOR SALESIANO.—SU PRUDENCIA.

Si el recogimiento y la pureza fueron virtudes que brillaron de modo especial en el Padre Ernesto, no menos puede decirse de la pobreza religiosa.

Apesar del elevado puesto que ocupaba, nunca se notó en él nada que pudiera singularizarle ni en la comida ni en el vestido.

¡Cuántas veces—dice D. Francisco Atzeni—se levantó de la mesa sin apenas probar bocado, por no convenir a su estado de salud la comida que servían a la Comunidad!—Y sin embargo, nunca salió de sus labios una palabra, ni se permitió pedir otro alimento.

Y por lo que respecta a su vestido, baste decir que en una

ocasión hubo quien le dijo:—Padre, póngase la otra sotana y se le arreglará esa, y él sonriendo, exclamó:—Hijo, es la única que tengo; y es que casi nunca tenía dos.

Tan era así, que una insigne bienhechora, D.^a María Murube, que sentía hacia él una profunda veneración y afecto, conmovida al ver la sotana tan pobre del buen Padre, pidió una usada para que le sirviese de medida y hacerle una nueva, y por no tener nada más que la puesta, hubo que dársela una noche mientras descansaba.

Y viene como de la mano, la relación de un hecho que revela el gran amor que el Padre Ernesto tenía a la pobreza y el afecto paternal que profesaba a sus hermanos aunque fuesen simples clérigos.

Recuerdo que cierta vez, con motivo de la celebración de su cumpleaños, uno de los varios regalos que le hicieron, (regalos que él aceptaba agradecidísimo, pero que destinaba íntegros a la iglesia o al Colegio), fué una magnífica sotana, de buen merino y de confección esmerada.

Llegó el verano de aquel año y, como los anteriores, se celebraron los Ejercicios Espirituales durante el mes de Agosto; con este motivo reuniéronse en el Colegio de Utrera gran parte de los Salesianos de las distintas Casas de Andalucía y de algunas de las de Castilla.

Entre los que concurren de la Casa de Málaga, venía un clérigo con su sotana muy aseada y limpia, pero bastante raída y verde, pues es de notar que la citada Casa atravesaba por tiempos muy precarios y no andaba muy sobrada de dinero, y por lo tanto érale imposible atender como quisiera a la indumentaria de los hermanos.

Compadecióse D. Ernesto al ver la sotana de aquel clérigo, y como padre cariñoso que era, sufría al verle en aquel estado, y llamándole a su cuarto, le dijo:

—Pruébate esta sotana—y mientras hablaba le entregó la que le habían regalado el día de su cumpleaños.

Hízolo así el joven clérigo, y como le viniese bien, exclamó alegre y contento el buen padre:

—Anda, llévatela, que parece la han hecho para ti.

En lo único que se singularizaba era en su extremada limpieza; jamás se le veía una mancha en sus ropas, demostrando prácticamente que la pobreza no está reñida con la limpieza.

Este amor que hacia sus hermanos tenía lo demostró en muchas otras ocasiones.

En uno de sus viajes, llegó a Ecija a las cuatro de la madrugada. Era en el mes de Diciembre y no hay que decir que a esa hora y en ese mes el frío se dejaba sentir grandemente. No obstante, el buen Padre, ante el temor de molestar a los hermanos, soportó resignado el frío y aguardó en la estación hasta que comprendió era ya hora en que la Comunidad se había levantado.

En otra ocasión, de paso para Montilla, llegó a La Roda, acompañado de un clérigo, y pidió algo que comer. Sólo había dos huevos y en semejante trance, no consintió probar bocado, e hizo que su acompañante comiese lo que había, a fin de que no pasase necesidad.

Enfermó gravemente en Utrera un hijo de María, y dada la índole de la enfermedad, repugnante y contagiosa, pues se trataba de viruelas malignas, se aisló por completo al enfermo.

Refiere éste que en una ocasión al despertar del profundo letargo en que la alta fiebre le tenía sumido, vió con gran asombro y admiración que D. Ernesto con la sotana un poco subida y sujeta a la cintura con una cinta, limpiaba con la mayor humildad, la habitación y por debajo de la cama, sacando todas las inmundicias que había.

Cuantos le hemos conocido, comprende nos lo que aquello significaba. ¡El, el Director del Colegio, persona fina y delicada, descendiendo a esos menesteres repugnantes y sucios, dado lo asqueroso de la enfermedad!

Era su gran humildad y caridad las que le impulsaban a realizar aquellos actos tan edificantes.

Habiendo enfermado un niño del colegio, marchó con su familia, y al poco tiempo fué llamado D. Ernesto para que le confesase. Como le encontrara muy mejorado le pareció que podía aplazar la confesión hasta el día siguiente. Durante la noche el niño se agravó de tal modo que murió sin que nadie se diese cuenta. Al saberlo el buen Padre lloró por muchos días y no consintió comer ni beber hasta que en cierto modo se le obligó y se le pudo persuadir de que él no tenía culpa alguna que aquel niño muriese sin Sacramentos. Aquello fué una espina que durante mucho tiempo llevó clavada en su corazón y no se perdonaba lo que él consideraba como una falta de caridad y celo.

En casi todos los hechos que llevamos referidos se echa de ver la profunda humildad de nuestro inolvidable Padre, como no podía menos de ser así, pues sin esta virtud no hubieran alcanzado tan alto grado las demás que en él resplandecieron.

Cuántas veces, casi desalentado,—escribe D. Francisco Atzeni—me decía, ¿quiénes somos nosotros para creernos algo y considerarnos capaces de llevar adelante una obra como esta? (se refería al Colegio). Otras, él que era mi verdadero maestro y guía, me llamaba y me daba a corregir lo que había escrito.

En muchas ocasiones, más bien que sobresalir en la conversación que sostenía con algunas personas, prefería callar aun sabiendo lo que tenía que decir, y permitía que otro, como se suele decir, se llevase la palma, y él complacíase en quedar en el lugar más bajo. Así es como mortificaba su amor propio, y no perdonaba ocasión de humillarse.

Consecuencia y fruto de esta humildad profunda, que le hacía ver que por sí solo nada podía llevar a cabo, era su gran devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora, en

cuyas manos ponía todas sus obras y en quienes confiaba ciegamente.

Después del auxilio del Cielo, cifraba todas sus esperanzas en los Cooperadores Salesianos, viendo en ellos los instrumentos de que Dios se valía para que los Salesianos pudiesen llevar a feliz término la sublime misión que les legara su Padre y Fundador.

Como prueba del elevado concepto que tenía del Cooperador Salesiano, me complazco en transcribir la hermosísima definición dada en una de sus Conferencias.

Muchos creen—decía—que ser Cooperador Salesiano consiste en recibir el correspondiente Diploma, y todos los meses el Boletín. Otros se imaginan que es Cooperador el que da una limosna cada año a una obra Salesiana. Otros piensan que para ser Cooperador es necesario ser rico. Todos están en un error. El verdadero Cooperador es para los Salesianos ni más ni menos que un amigo, un hermano. Amigo y hermano, viene en ayuda de los Salesianos como puede, con sus oraciones, con sus limosnas, con sus consejos, con sus escritos. Amigo y hermano, no pierde jamás de vista la causa Salesiana y por todos lados y siempre en toda circunstancia lo recuerda para velar por sus intereses como pertenecientes a una familia inmensa, de la cual él y los Salesianos son miembros. Entendida así la Asociación de Cooperadores Salesianos, resulta eminentemente útil a nuestra Pía Sociedad, y por ello, a la Santa Iglesia de Dios. Los Cooperadores de Utrera lo comprenden así, y la prosperidad de la Obra Salesiana en esta católica ciudad lo demuestra claramente.

En una conferencia que dió en Pozoblanco (Córdoba) el 25 de Agosto de 1897, en la Parroquia de Sta. Catalina, después de hablar de la obra de Don Bosco y de la sublime misión social de los Cooperadores Salesianos, terminó con este brillante párrafo, magnífico compendio de la unión y actividad que entre ellos debe haber: «Se unen y conciertan—les decía—

los hombres enemigos de Dios y de su Iglesia Santa, para trabajar contra El y sus obras, y nosotros, los católicos, permanecemos indiferentes y no nos unimos para mejores obras. Mientras los católicos hablan, los impíos y sectarios obran. Hay pues necesidad de hechos y no de palabras.»

Y termino este capítulo hablando de la gran prudencia del inolvidable Padre. Frecuentaba éste una casa religiosa, cuyos miembros pusieron gran empeño en averiguar si el Padre Ernesto era o no sabio, y tras prolijas indagaciones y pruebas tuvieron que contentarse con saber que era un hombre muy prudente, sin poder afirmar si era sabio o si era ignorante; acertaba siempre cuando contestaba, y era suficientemente discreto para hacer preguntas, no alardeando jamás de lo que sabía.

Así pues en el concepto de aquellos buenos religiosos pasó como hombre poseedor de la mejor sabiduría, pues la prudencia es un don del Espíritu Santo como lo es aquella, y mientras el sabio imprudente suele quedar a veces en mal lugar, el hombre enriquecido con el don de la prudencia se capta siempre la admiración y estima de todos. Tal aconteció siempre con nuestro querido Padre Ernesto



CAPITULO IV

LA CARIDAD Y LA FE OBRAN PRODIGIOS.—INAUGURACIÓN DE UNAS
OBRAS Y UNA CÉLEBRE REPARTICIÓN DE PREMIOS.

Tiene la Historia del Colegio de Nuestra Señora del Carmen, de Utrera, una página tan bonita, tan interesante y tan gloriosa, que no puedo resistir a la tentación de transcribirla. En ella aparece la figura del inolvidable Padre Ernesto en toda su magnitud y grandeza; grandeza de alma, de sentimientos nobles y de altos ideales; se muestra el buen Padre tal cual es, como ángel de caridad cuyas entrañas se conmueven a la vista del hambre y de la miseria que padecen los obreros y los pobres de la ciudad, y corre presuroso en su socorro llevando el pan a infinidad de hogares, como digno hijo de Don Bosco, con el corazón rebosante de fe en María Auxiliadora, en la

que ciegamente confía, para dar feliz cima a la obra emprendida; y como Salesiano celosísimo, enamorado de su madre la Congregación, no perdona oportunidad para darle a conocer como solución eficazísima de los graves conflictos sociales.

El invierno de 1896 fué una época triste y de fatales consecuencias para Utrera. A causa de las pertinaces lluvias quedóse sin trabajo multitud de obreros, y el hambre y la miseria se enseñoreó de sus hogares.

No se vislumbraba esperanza alguna, y el horizonte ennegrecíase cada vez más, pues llegó un momento en que aquellas pobres y honradas familias de obreros no les quedaba qué empeñar, ahorros, mantas, ropas, todo había desaparecido ya. Si a lo dicho añadimos el número de los pobres que siempre existen, nos haremos cargo del triste cuadro que presentaba Utrera en aquellos desconsoladores días.

En tan críticas circunstancias brilló la gran caridad de D. Ernesto que, en la posibilidad de sus fuerzas, tendió su mano generosa a tantos desgraciados.

Al principio distribuíase diariamente en la portería del Colegio 140 panes, amén de la comida que se daba y sigue dándose en el Asilo de San Diego a todos los niños pobres que frecuentaban sus clases.

Pero como la necesidad crecía y como, por otra parte, era menester ampliar el edificio del Colegio, insuficiente ya para albergar el número de alumnos que solicitaban el ingreso, de nuevo la caridad del buen Padre sugirió una idea salvadora.

Se empezó por dar trabajo a unos cuantos pobres empleándolos en sacar tierra, abriendo grandes y profundas zanjias para los cimientos de la futura obra. Atraídos por la vista de aquellos pobres que trabajaban y de la comida que se les daba, fueron presentándose nuevos trabajadores en demanda de colocación. Como era imposible negarse, el número de obreros aumentó insensiblemente, y he aquí que sin darse cuenta, y como impulsado por la necesidad de socorrer a esos pobres

que de todas partes pedían pan, encontróse el Colegio de Utrera con una gran obra empezada.

El día 20 de Marzo se había dado comienzo, pero como una cosa pedía otra, una vez abiertas las zanjas, era preciso echar los cimientos, so pena de perderse gran parte del trabajo realizado; y así, de compromiso en compromiso, de exigencia en exigencia, se llegó hasta ver asomar unos muros en los que no se pensaba.

A todo esto, como la caridad había sido el estímulo, y el cálculo había tenido poca parte, no se contó con la huéspeda, y en esta ocasión la huéspeda era el dinero, mejor dicho, la falta de él.

¿Qué hará en tan críticos momentos el buen Padre? El espíritu de Don Bosco no muere: sus consejos, sus ejemplos se recuerdan, nos animan, nos empujan; mientras parecía inevitable la suspensión de los trabajos, Don Ernesto pone toda su confianza en María Auxiliadora y ved cómo la Virgen Santísima acude en su socorro.

Llegó el día 23 de Mayo y fué el de la Conferencia a los cooperadores salesianos de Utrera. Dirigiéndose a ellos el Padre les habló, con la unción de un apóstol, de la Congregación Salesiana en general, y luego, refiriéndose en particular a sus necesidades y proyectos, les dijo:

«Ahora mismo estamos haciendo no pequeños sacrificios para poder admitir a más niños en el Colegio y mejorar el Oratorio festivo: esa obra que veis empezada lo ha sido también para dar de comer a vuestros obreros; unos nos alaban; otros, y son los más, nos critican; los Salesianos sin reparar ni en éstos ni en aquellos, sino fijos los ojos en su amadísimo D. Bosco que se proponía el bien y lo ejecutaba sin tantos cálculos, hijos las más de las veces, no de la prudencia, sino del egoísmo humano, emprendimos la obra; hoy agobiados por ella preveemos que no la podremos seguir; no desmayaremos sin embargo; María Auxiliadora, cuya fiesta celebrare-

mos mañana con particular afecto y devoción, más pronto o más tarde, nos ayudará; hasta hoy jamás ha faltado...»

El P. Ernesto animado de una fe viva, de esa fe que, según el Evangelio, traslada las montañas, pone toda su esperanza en la Virgen de D. Bosco, y se dirige al corazón de sus oyentes, y del mismo modo que al herir Moisés con su vara la roca viva salió de ella el agua a raudales, así al tocar el corazón de aquellos buenos cooperadores la suave y dulce palabra del buen Padre, brotó abundante la Caridad cristiana.

Al día siguiente, 24 de Mayo, se solemniza con el mayor entusiasmo y devoción la fiesta de María Auxiliadora. Era el día designado por la Virgen para premiar la inquebrantable fe de su hijo predilecto.

Concluida la Misa solemne, llenos de alegría y de gozo inmenso, salen unos para sus casas, otros para los patios del Colegio, y confundido entre éstos penetra un caballero de porte distinguido; es el Excmo. Sr. D. Miguel Murube, el bienhechor insigne de la Obra de D. Bosco, es el Cooperador Salesiano activo y eficaz, es... pero ahora no es esto sólo, ahora es para D. Ernesto el *Angel de María Auxiliadora*.

En efecto, entrándose el Sr. D. Miguel Murube por la sacristía, busca al Sr. Director, lo lleva hacia la obra comenzada, y una vez allá, con la modestia y humildad propias de la Caridad cristiana, «yo quiero—dice—cooperar al desarrollo de esta obra, cuente Vd. con 50.000 pesetas».

Lo que pasara en tal instante por aquellos dos corazones, no es para descrito: ante una prueba tan clara de la especialísima protección de María Auxiliadora, sobran las palabras: una vez más acababa de demostrarse que nunca será confundido quien en Ella confía.

Desde entonces siguieron los trabajos con rapidez asombrosa, hasta el punto que ya el primero de Octubre se pudo habilitar un buen número de los nuevos departamentos.

El día 17 del mismo mes se celebró solemnemente una

doble fiesta: la inauguración oficial del nuevo edificio y la repartición de premios a los alumnos del Colegio y a los niños de las Escuelas y Oratorio Festivo de S. Diego.

Tuvo lugar el acto en uno de los pórticos recién contruidos, primorosamente adornado, y bajo la presidencia de D. Ernesto acompañado del insigne bienhechor D. Miguel Murube y otros distinguidos cooperadores.

Estaban presentes los alumnos internos y externos del Colegio y los niños pobres del Oratorio de S. Diego, unidos por los lazos de la caridad cristiana, y como nota simpática, digna de mención, un tropel de albañiles y demás obreros que suspendieron sus trabajos para asistir a tan hermosa función.

Levántase nuestro querido Padre Ernesto y con voz entrecortada en la que se nota la emoción que le embarga, hace historia del edificio que se inaugura, y tributa al bienhechor insigne, al dignísimo continuador de la obra del Excmo. Sr. Marqués de Casa Ulloa, de grata memoria, breves, pero sentidas y cordialísimas palabras de gratitud y afecto.

Entona un canto de alabanza al gran D. Bosco, cuya misión—dice—no tiene límites; combate la idea de aquellos que, bien desconociendo esta misión, bien queriendo reducirla a más estrechos términos, creen que ésta no se ha de extender más allá de las escuelas de Párvulos, ni ha de salir de la humildad del taller. Su fin ha sido renovar la sociedad educando muy especialmente sus masas principales, que son las clases media y pobre, y este fin lo persigue con todos los medios que la Caridad siempre industriosa le sugiere; ahora bien: los Colegios de enseñanza, donde a la vez que la ciencia se les suministre a los alumnos sanos principios de piedad práctica, que es útil para todo, han sido, desde un principio, fundaciones de D. Bosco y teatro de su ardiente celo.

De esos Colegios es de donde han salido Sacerdotes celosos, honrados militares, comerciantes de conocida probidad, mo

delos de padres de familia y un sinnúmero de buenos ciudadanos. Cooperar pues a la fundación y al sostenimiento de esos Colegios es trabajar precisamente en una parte esencialísima de la Obra de D. Bosco; es demostrar entender perfectamente esta Obra, que tiende a salvar la juventud, santificar la escuela y el taller, encaminar al estado eclesiástico numerosas vocaciones, difundir la buena prensa, fundar Colonias Agrícolas, Oratorios Festivos, Asociaciones Católicas y abrir Misiones, en donde el celo de D. Bosco y de sus cooperadores tiene su cabal y completo desarrollo.

Esta obra tan graciosa, esta misión tan múltiple la realizó D. Bosco, y la continúa eficazmente su digno sucesor D. Rua, mediante generoso concurso de los Cooperadores que con él trabajan, compartiendo fatigas y sudores, sacrificios, penas y consuelos.

He aquí la misión de D. Bosco, oh cooperador insigne, émulo dignísimo del que primero sembró la semilla del árbol Salesiano en esta ciudad de Utrera.

Vos, señor, entendisteis esta obra y la fomentasteis; gozaos y alegraos; D. Bosco os sonríe, D. M. Rua os bendice, estos obreros y niños os aclaman y admiran, y el Salesiano agradecido pide a Dios el justo galardón a vuestra generosidad cuyos frutos no perecerán...

Tales fueron las palabras que en aquel solemne acto brotaron, más que de los labios, del corazón del P. Ernesto. Complaciase y gozábase éste al ver las pruebas tan visibles del amor y protección de María Axiliadora; complaciase y gozábase del triunfo de la obra de D. Bosco; complaciase y gozábase al ver cómo aquel insigne cooperador con su generosa esplendidez había contribuido a la realización de los vastos ideales que concibiera, y enchida su alma de tan consoladores sentimientos prorrumpen en un cántico de alabanza a su querida madre la Congregación Salesiana, dando a conocer la sublime misión

que realiza con el concurso de sus bienhechores y la protección de su excelsa madre María Auxiliadora.

Es el himno del júbilo y de la gratitud lo que de su corazón brota. Es el hijo que se siente orgulloso de su venerando Padre el gran D. Bosco y desea cantar por todas partes sus gloriosas gestas.

Se dijo al comenzar el presente capítulo que era una página gloriosa de la Historia del Colegio de Ntra. Sra. del Carmen de Utrera; parécenos, pues, muy acertado concluir página tan interesante, transcribiendo fielmente las palabras de aquel ilustre prócer el Excmo. Sr. D. Miguel Murube, instrumento providencial del que Dios se sirvió para dar término glorioso a su obra.

Levantóse el gran Cooperador y visiblemente emocionado se expresó en los siguientes términos:

«Señores,—dijo—no por mera cortesía al Sr. Director, cuyas halagüeñas frases de afecto y gratitud agradezco, y a los demás señores presentes, sino por deber, créo me incumbe hablar. No los Salesianos a mí, sino yo a ellos debo estar agradecido, porque me han proporcionado la ocasión de favorecer la sublime obra de D. Bosco en cuyo ideal de educar al pueblo consiste la solución de los problemas de hoy. Si teneis bienes, procuraos siempre la dulce satisfacción de socorrer al pobre; en vuestros negocios y caprichos ahorrad siempre una parte para cubrir las necesidades del obrero; éstos bendecirán entonces vuestra mano generosa, no comerán siempre el mendrugo de pan empapado en lágrimas.....; pero no esperéis que estos obreros que han de ser el objeto de vuestra caridad, según el Evangelio, vengán a vosotros, sino id vosotros a ellos; buscadlos en el taller, en la escuela, en su morada; instruidlos, enseñadlos, favorecedlos, cumplireis así con la ley del Evangelio, os los hareis amigos, y evitareis las causas del anarquismo.

He aquí por qué me entusiasma la obra de D. Bosco; porque la quiero; porque persigue incesantemente este fin; a esta

obra me asocio, la admiro y disfruto del consuelo que el bien proporciona al que lo hace; amad al pobre, favoreced al pobre, gozareis de igual satisfacción y empleareis debidamente los con que Dios os ha favorecido...

¡Qué corazón tan grande! ¡Qué elevación de miras y qué espíritu tan cristiano!

Célebre fué por varias y poderosas razones, la repartición de premios que tuvo lugar en aquel solemne acto; lo fué porque formó parte de la memorable fiesta de inauguración del nuevo edificio, (1) porque fué honrada con la presencia del Excmo. Sr. Don Miguel Murube, y también lo fué por una circunstancia singularísima, simpática e inesperada que llamó poderosamente la atención de cuantos la presenciaron, dejando en el ánimo de todos un recuerdo impercedero.

Quiso el gran Cooperador que los pobrecitos del Oratorio de San Diego recibieran sus premios de mano de los alumnos del Colegio que a su vez acababan de recibirlos de las de sus parientes y demás señores.—¡Oportunísima idea aceptada y aplaudida!

Que los estudiantes se acerquen, tiendan la mano amistosa y caritativa a sus hermanos los hijos del pobre y del humilde artesano; así se efectuó aquella repartición, y en aquel momento se practicó en toda su realidad el pensamiento del inmortal Don Bosco, cortar de raíz todo socialismo mediante la caridad cristiana que vinculando el pobre al rico, el pudiente

(1) Se compone éste: de un gran sótano en el que se instaló la cocina con sus dependencias, el comedor de la Comunidad y otras piezas. Constituyen el primer piso anchurosos pórticos de siete metros de ancho por cuarenta y dos de largo, y dos amplios comedores para los alumnos. Van sobre éstos, dos dormitorios, cuyas condiciones sumamente higiénicas lo están diciendo sus altos techos, libre ventilación y luz abundantísima; y finalmente otro dormitorio de condiciones no inferiores si bien de muy sencilla construcción y rodeado de azoteas constituye el tercer piso. Los dos grandes dormitorios del segundo piso llevan los nombres de San Diego y San Miguel, en memoria de los dos insignes Cooperadores Salesianos los Excmos. Sres. Marqués de Casa Ulloa y Don Miguel Murube.

al desvalido, el docto al ignorante hace que se consideren todos y se amen como verdaderos hermanos.

Con almas tan grandes como las del Padre Ernesto y la de Don Miguel Murube, unidas por el espíritu de Don Bosco, y con la bendición del Cielo ¿qué tiene de extraño que el Colegio Salesiano de Utrera adquiriese ese impulso y desarrollo que lo elevó, en contados días, a la cumbre de una celebridad tan justa como merecida?



CAPITULO V

EL PADRE ERNESTO COMO DIRECTOR DEL COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

Ya en otro lugar se dijo que D. Ernesto más bien que Director del Colegio fué Padre amadísimo de sus hermanos y alumnos, haciéndose querer por todos ellos con verdadera ternura filial.

Ese amor que supo inculcar en sus colegiales es precisamente lo que le acredita de *gran educador*. Del mismo modo que D. Bosco, él se hizo querer de los niños, de los jóvenes alumnos, y atraídos éstos por su amable trato y por su gran dulzura le entregaban su corazón, en el que el buen Padre leía como en las páginas de un libro abierto.

He ahí el primer paso de la obra del buen aducador. De

ese modo llegaba a conocer a fondo a los niños, penetraba hasta los más recónditos pliegues de su corazón, y así fácilmente podía corregir, con dulzura, no exenta de cierta energía, cuanto de vicioso hubiera; y luego venía el consejo oportuno, la *palabra mágica*, a lo D. Bosco, dicha con ese afecto paternal que cautiva y subyuga, que ablanda y conquista los corazones.

Incontable es el número de jóvenes que deben la formación de su carácter, su hombría de bien y la felicidad de que gozan, a la sabia y prudente dirección de D. Ernesto. Cuantos le conocimos, cuantos tuvimos la honra de llamarnos sus hijos y ser por él dirigidos no podemos menos de recordarle con agrado y bendecir su memoria.

No hace muchos días me encontré con un antiguo alumno del Colegio de Utrera, Don F. G. P., y al recordar los tiempos en que estuvimos juntos,—días felices de nuestra juventud pasados en aquella bendita casa,—me habló con cariño y casi emocionado de nuestro querido D. Ernesto, y me contó el siguiente hecho que no es sino una prueba del influjo poderoso de la amabilidad y dulzura del buen Padre, que su trato paternal y cariñoso ejercía sobre sus colegiales.

No puedes imaginarte—me decía—la buena pieza que era yo de muchacho: basta decir que no pudiendo conmigo mi padre me mandó a un Correccional que hay en Tánger, donde vivíamos, y cómo me portaría yo, que del mismo correccional tuvieron que echarme, pues mi última hazaña fué prender fuego a una habitación donde tenían guardada una gran cantidad de pólvora y algunos otros explosivos que usan para los fuegos artificiales: excuso decirte la que se armó; hubo la consiguiente explosión, se cuartearon y agrietaron techos y paredes, y como final de fiesta me pusieron en la calle, que era lo menos que podían hacerme.

Aburrido mi padre y sin saber ya qué hacer conmigo, no sé cómo, tuvo la feliz idea de mandarme al Colegio de Utrera. Allí fuí, y te soy franco, a mí no me pusieron nunca la mano

encima, y ni una mala riña tampoco la tuve, pero lo cierto es que cuando llegaron las vacaciones y volví a mi casa, ni mi padre me conocía.

Yo, el incorregible, que me pasaba los días enteros en la calle, metido siempre en peleas con los moritos, ahora no salía de mi casa si no era acompañando mi padre. Te digo que se hacía cruces al vermetan formal y tan respetuoso; y bendecía la hora en que me llevó al Colegio. «Este no es mi Juan, que me lo han cambiado», decía riéndose satisfecho.

¿Que cómo me convertí de díscolo, travieso y rebelde en serio y bueno? Pues muy sencillo. Yo encontré en el Colegio de Utrera un ambiente de cariño, como de familia, dentro de la rigidez del Reglamento, y sobre todo, y eso fué lo principal, encontré un Superior de porte tan fino, de trato tan dulce y atractivo, que supo ganar mi corazón con una habilidad tan grande, que sin darme cuenta, fuí cambiando por completo.

Fué él, D. Ernesto, quien con sus paternales consejos, con sus modos suaves y cariñosos, realizó el prodigio que tanto asombró a mi padre, y que yo ahora, ya hombre, no dejo de admirar.

Los que no le han conocido ni vivido con él no pueden formarse idea del cariño que todos le profesábamos, hasta el punto que muchos se portaban bien sólo por no disgustarle.

Recuerdo que una vez no sé qué pasó, que el buen Padre se disgustó. En el tiempo a que me refiero, se rezaban las oraciones de la noche en el pórtico que hay delante de los comedores, y después de las *Buenas Noches* que casi siempre daba el Director, los que estaban próximos y un buen número de colegiales le besaban la mano.

Aquel día, el del disgusto, después de las oraciones, al hablar el P. Ernesto, se quejó amorosamente de lo ocurrido, que, repito, no recuerdo lo que fué, y terminó como siempre dando las *Buenas Noches*, pero no se dejó besar la mano que escondió tras la espalda.

Detalle insignificante que para muchos no dice nada; pero nosotros, que le queríamos con delirio, como a Padre cariñoso, sentimos aquel acto como si nos hubiere impuesto un castigo severísimo. Era que como se había adueñado de nuestros corazones, comprendimos el disgusto que le habíamos dado y sufrimos al no poder besar aquella mano que tantas veces nos había bendecido.

Ocurrió en una ocasión un hecho que demuestra bien a las claras, cómo apesar de su dulzura y amabilidad, aparecía inflexible y enérgico cuando se trataba de evitar el mal o de velar por el prestigio del Colegio.

Era costumbre entonces que en vez de ir los alumnos a examinarse al Instituto de Sevilla, fuera al Colegio una Comisión de Catedráticos a verificar los exámenes.

Hubo cierto año un alumno, Don J. F. V., que aprovechando un momento de descuido, cogió del bombo de las bolas tres de éstas y las guardó con gran reserva. No hay para qué decir que al llegar el momento del examen, nuestro bravo estudiante, sacó las bolas que se había guardado, y dijo las lecciones tan admirablemente que obtuvo la calificación de *Sobresaliente*.

Pero no supo guardar la reserva que tuvo en un principio y contó lo sucedido a algunos de sus compañeros, y no tardó mucho tiempo en correrse la voz y saberlo todo el Colegio, llegando a oídos del P. Ernesto.

Apreció éste en su justo valor la gravedad de la falta cometida y comprendió las fatales consecuencias que pudiera traer para el crédito del Colegio, de trascender al público y de llegar a oídos de los señores Catedráticos.

Puso en conocimiento de éstos lo ocurrido, a fin de que quedase siempre el Colegio en el lugar que había sabido ganar por su seriedad y formalidad bien notorias.

Reunióse en consecuencia el Tribunal examinador y previó deliberación sobre lo sucedido, convocáronse a los alum

nos y en presencia de todos ellos se llamó al autor de la grave falta, y pidiéndole la papeleta de exámenes pusieron a Suspendo donde estaba la calificación de *Sobresaliente*.

En el castigo impuesto, echóse de ver enseguida la caritativa intervención del P. Ernesto que, sin menoscabar en lo más mínimo la Autoridad del Tribunal supo interceder por el alumno culpable. Como se ve, el buen Padre salió por el prestigio del Colegio, pero al mismo tiempo, comprendiendo la irreflexión e inconsciencia del muchacho, procuró suavizar la pena que le correspondía por la falta cometida.

Cuando el cariño de los Salesianos y alumnos llegaba, por así decirlo, a su grado máximo, cuando todos a porfía procuraban exteriorizar el acendrado amor que le profesaban era en la fiesta de su cumpleaños, el día 7 de Mayo.

Desde un mes antes, animados los niños por las exhortaciones del inolvidable D. Fenoglio (q. e. p. d.), todos procuraban que las notas del estudio, comedor y filas, fuesen diez, y los decuriones al darlas por escrito semanalmente, hacíanlo en papel bueno y con adornos y grecas, con el fin de coleccionarlas y entregárselas al buen Padre como cariñoso homenaje.

Durante aquel mes no se hablaba nada más que de la gran fiesta y éste era el tema de todas las conversaciones, el centro donde convergían todos los entusiasmos y actividades.

Celebrábase la víspera, o sea el 6 de Mayo, una solemnísimas Academia músico-literaria. Los diversos cursos del Bachillerato, las Compañías del Smo. Sacramento y de San Luis Gonzaga, los Salesianos y los señores cooperadores todos en una palabra querían mostrarle su afecto y admiración, y así resultaba que había años que el Programa de la Velada constaba de más de 40 puntos, y como era materialmente imposible que todos pudiesen declamars en la tarde del día 6, dejábanse buena parte de ellos para la fiesta del 7, recitándose en el comedor, después de los postres y en los entreactos de la función de la noche.

El entusiasmo era general, admirable el comportamiento que se observaba, fervorosísima la Comunion general que todos aplicábamos por él. No era la fiesta oficial, por así decirlo, era la fiesta del amor. Todos unidos al rededor de nuestro querido D. Ernesto, le aclamábamos, le vitoreábamos, pero de corazón, con toda nuestra alma, y El nos miraba paternalmente, conmovido, y en el semblante se le reflejaba la satisfacción y el contento que sentía al estar en medio de sus queridos hijos.

Cualquiera creerá que con una vida tan intensa, ocupado de lleno en la Dirección del Colegio, no le quedase ningún tiempo libre para otras atenciones.

No era así; además del ímprobo trabajo que pesaba sobre sus hombros, dedicábase diariamente con celo apostólico al confesonario, donde pasaba largas horas, primero atendiendo a los niños y a la comunidad y luego a los numerosos fieles que le habían escogido como Director de sus almas.

Predicaba también todos los domingos, dos veces la inmensa mayoría de ellos; los primeros viernes de mes daba una conferencia a los miembros del Apostolado de la Oración. y rara era la novena de María Auxiliadora y de San Francisco de Sales, en las que no se encargaba de algunos sermones.

Como se ve, su actividad era incansable, y entre los cultos de la iglesia y la dirección del Colegio, deslizábase su vida de apóstol, de salesiano ejemplarísimo, sin que los mil contratiempos y dificultades, que nunca faltan, alterasen su carácter ecuánime ni su afabilidad y dulzura.





CAPITULO VI

LLEGA A MADRID EL PADRE ERNESTO PARA FUNDAR UNA CASA SALESIANA.—SUS COMIENZOS Y PLANES.—RECOMIENDA CON ENCARECIMIENTO LA LECTURA DEL «BOLETÍN SALESIANO».—SE INTERESA POR LOS NIÑOS ABANDONADOS.—LAS PRIMERAS FIESTAS EN EL HOTELITO DE LA CALLE ZURBANO.—ADQUISICIÓN DE LA CASA N.º 17 DE LA RONDA DE ATOCHA.—EL POR QUÉ DEL SITIO ELEGIDO.—PROYECTOS Y NECESIDADES.

En la mañana del 19 de Octubre de 1899 llegaba a Madrid Don Ernesto Oberti, designado por el Capítulo Superior para la elevada misión de echar los cimientos de la Obra de Don Bosco y de sentar los reales de María Auxiliadora en la capital de España.

La primera residencia de los Salesianos en Madrid, estuvo

en un hotelito de la calle Zurbano número 50, muy próximo al Hipódromo. Cuando llegaron los Salesianos ya les aguardaba en la Capillita, bajo hermoso dosel, María Auxiliadora con sus brazos abiertos, pues el Padre Ernesto había tenido buen cuidado de que Ella fuese la primera en tomar posesión de la casa.

Debióse esta primera residencia a la caridad de la buena cooperadora Srta. D.^a María de la Paz Sánchez; ella fué quien buscó el hotelito, lo preparó y se hizo cargo del pago del alquiler.

Eso nos bastó,—dice el Padre Ernesto, en circular dirigida a los Cooperadores Salesianos de Madrid, en 1.^o de Diciembre de 1899—para que nos resolviéramos a dar comienzo a nuestros trabajos, recordando que Don Bosco, desprovisto de todo, sin medios, pudo decir que no sólo ningún día les había faltado el pan a sus hijos, sino que había podido abrir Colegios, escuelas, talleres y las Misiones de América. Gran confianza abrigamos de que en Madrid tampoco dejarán de repetirse los milagros de la caridad cristiana que en otras partes continuamente se producen.

Con sencilla ingenuidad cuenta nuestro inolvidable Padre los comienzos, proyectos y progresos de la Obra Salesiana en Madrid, es decir, sin darse él cuenta, hace una breve exposición de sus apostólicos trabajos. Es pues de un valor inmenso cuanto se dice a continuación por ser el mismo Padre Ernesto quien escribe.

«Si de la humildad de la obra hemos de argüir su grandeza; así como de la profundidad de los cimientos se deduce la altura que ha de alcanzar un edificio, podemos esperar que la Obra Salesiana en Madrid llegará a ser muy grande, pues la humildad en que nació ha sido muy profunda.

Si os he de hablar, por fin, de nuestros planes, os diré que el primero e indispensable es conoceros a todos vosotros y estrechar bien los lazos de aquella unión que nos ha de hacer

fuertes, y ofrecer a todos ocasión de conocer íntimamente la Obra de Don Bosco.

He aquí el plan: lo demás, Dios Nuestro Señor nos lo irá diciendo, y no hay duda de que siempre se acudirá a la mayor necesidad.

Todo nos falta, mis buenos Cooperadores, y todo lo que vuestra caridad nos proporcione se agradecerá; pero lo más indispensable es que os dignéis leer el *Boletín Salesiano* que se os envía. La Asociación y Obra de los Cooperadores no puede existir pasiva; es eminentemente activa y eficaz.

La prueba la tenéis a la vista: ¿de quién son obra los innumerables colegios, escuelas, talleres, oratorios festivos, colonias agrícolas y misiones entre los salvajes de América? ¿y a quién deben su civilización éstos y su educación los trescientos mil niños que en esas diferentes clases de casas encuentran pan y abrigo? A los Cooperadores y Cooperadoras se debe todo. *El Boletín* es el lazo que une a éstos entre sí y a todos en la Pía Sociedad Salesiana; si no se lee no se sabe, y si no se sabe cómo se tomará interés por lo que el *Boletín Salesiano* representa? He aquí por qué os pido esta primera caridad.

He podido ver en el corto espacio de tiempo que aquí resido, cómo las Instituciones de ambos sexos forman un número asombroso; he visto también que los trabajos, en toda clase de enseñanza, que estas Instituciones realizan en favor de la juventud, son grandes y hermosos...; pero en mis diarias y largas excursiones por calles y plazas, he podido notar también que algún campo queda inculto. Frecuentemente os estorban el paso en vuestros paseos y molestan la vista tropescales de jóvenes que, más bien que mover a compasión, os repugnan por su aspecto irrespetuoso y grosero.

Con vuestra cooperación, amados cooperadores, pronto vereis al Salesiano, rodeado de esos niños, que educados y enseñados en el trabajo y en el amor de Dios, bendecirán vuestra generosidad y formarán el consuelo de vuestras almas.»

Por lo que queda expuesto, échase de ver el celo incansable del Padre Ernesto, su incesante actividad, su amor a la juventud, su gran fe en María Auxiliadora y su confianza en los Cooperadores Salesianos, a quienes expone las dificultades que encuentra y sus proyectos, y cuya caridad invoca en favor de esos jóvenes, de esos niños que pululan por las calles, expuestos a los extragos de la miseria y del vicio.

En la pobre y humilde residencia de la calle Zurbano el año 1900 se celebraron las primeras fiestas de S. Francisco de Sales y de María Auxiliadora con la solemnidad que permitía la estrechez del local, pero ya en esas fiestas empezaron a recogerse los primeros frutos de la Obra Salesiana en Madrid, al ver el recogimiento y piedad de aquellos niños que poco antes vagaban por calles y plazas.

Del mismo modo que se siembra en una maceta una semilla y después que ha germinado y crecido, ostentando un pequeño tallo, se le trasplanta a la tierra para que adquiera la plenitud de su desarrollo, así el granito de la Obra Salesiana, sembrado y nacido en el hotelito de la calle Zurbano, llegó un momento en que pudo trasplantarse para su mayor robustez y lozanía a la Casita de la Ronda de Atocha, 17.

Por fin se abandonó la residencia provisional para establecerse en la definitiva.

En Circular de 1.º de Mayo de 1901 notifica el P. Ernesto a los Cooperadores la adquisición de la citada casita, los motivos que le impulsaron a escoger aquel lugar y los proyectos y necesidades que tiene.

Es curiosa e interesante la citada circular y con mucho gusto reproduzco algunos de sus párrafos, por estimar serán del agrado de nuestros lectores.

«En el mes consagrado a S. José—dice—, y en uno de sus últimos miércoles, con el generoso donativo del Excelentísimo Sr. D. Guillermo Rolland (que Dios arrebató muy pronto a nuestra vista, pero no a nuestra gratitud), y con limos

nas de otras personas, cuya delicadeza no me permite publicar sus nombres por ahora, pudimos comprar una casita con un pequeño solar, en donde definitivamente instalar la Obra de D. Bosco.

Tendréis curiosidad de saber en dónde está la casa, qué tal palacio es, qué comodidades ofrece, si he tenido buen gusto por su posición topográfica, si estuve acertado por lo higiénico del sitio, rodeado de hermosos jardines...

Después de haber visto mucho, oído y considerado, parecióme que el rincón de Madrid que con más derecho reclamaba la fundación Salesiana era la que constituye, creo, los llamados barrios bajos, y así, queriendo complacerle en sus reclamaciones y no alejarme mucho de mis buenos Cooperadores, a quienes necesitaron los futuros inquilinos ver muchas veces honrar nuestra casa, me paré en el n.º 17 de la Ronda de Atocha.

Allí encontré una casita muy buena para el caso, que ya quisiera parecer palacio, pero que para despecho suyo y bien nuestro, dista mucho de serlo.

Sé que con citar aquellos parajes tan cerca del Madrid céntrico, pocos, sin embargo, de los que leen esta circular los conocen.

Considerada la cosa no con los ojos de las conveniencias personales, sino con los de nuestra benéfica misión, me parece no anduve muy desacertado en la elección del lugar donde sentar los reales de la Obra Salesiana: barrios extremos y populosos, nubes de chicuelos y mozalbetes, núcleos de obreros., muy pocas escuelas, contadas instituciones religiosas, carencia grandísima de templos: he ahí las bases principales de mi elección.

Los grandes y hermosos jardines los encontraréis, si no ahí propiamente, un poco antes de llegar: si bajáis por el Prado, el Botánico, alegrará vuestra vista y recreará vuestro olfato: mas las flores perfumadas y las plantas aromáticas las encon-

traréis en nuestra casita de la Ronda; son esos cientos de rapa-
zuelos, esos niños bulliciosos, esos corazones que, bajo andra-
joso ropaje y caras sucias, guardan aun, por ventura, una ino-
cencia, cuyo perfume de gracia y candor tal vez os paguen
muy pronto los trabajos de vuestra caridad y recompensen con
su dócil correspondencia la tierna solicitud del Apóstol que,
renunciando para sí a la higiene de los propios pulmones, co-
rre presuroso buscando la del alma ajena.

Paréceme conveniente haceros notar que la capacidad de
la casa no es aun la suficiente para que podamos desarrollar
la obra, según nuestros deseos: pero por lo pronto sí se pueden
abrir clases para externos y establecer, Dios mediante, el Ora-
torio Festivo; contando con la Divina Providencia todo lo
demás vendrá a su tiempo.

No os quiero ocultar, amados Cooperadores, que aún no
han quedado cubiertos todos los gastos de la adquisición, y
que estos gastos se aumentarán ahora con las imprescindibles
obras de restauración, limpieza y habilitación de la casa, pre-
paración de la Capilla y de las clases. Con esto quiero deciros
que se presenta ocasión propicia para el ejercicio de la caris-
dad cristiana, atrayéndoos las bendiciones del Cielo.

Después de conocer las hermosas circulares transcritas,
se aprecian en lo que valen los ímprobos trabajos y los su-
frimientos morales y materiales del inolvidable Padre Ernesto,
hasta ver ya sentados definitivamente los cimientos de la Obra
de D. Bosco, hasta ver que el granito de mostaza sembrado
en el hotelito de la Calle Zurbarano se va desarrollando prodigiosamente, y hace concebir las más halagüeñas esperanzas.

El tiempo ha demostrado que aquellos sudores del buen
Padre han sido riego efficacísimo; se ha convertido en árbol
gigantesco la humilde planta que su mano de Apóstol sem-
brara.

CAPITULO VII

EL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1901.—EL ORATORIO FESTIVO.—SUS FLORES Y FRUTOS.—HACE UN NUEVO LLAMAMIENTO A LA CARIDAD DE LOS COOPERADORES.—ES NOMBRADO INSPECTOR DE LA PROVINCIA CÉLTICA.—INICIA LA FUNDACIÓN DE LA CASA DE HUESCA.—EL NOVICIADO DE CARABANCHEL ALTO.

En circular dirigida a los Cooperadores el 15 de Octubre de 1901 escribía el P. Ernesto:

•Desde el día 8 de Septiembre estamos viviendo en la nueva casa. No crean que porque ya tenemos casa tenemos todo lo necesario para abrir las escuelas de artes, oficios y admitir alumnos internos; esas son mis aspiraciones para acudir en auxilio de tantos niños necesitados; pero todas las cosas tienen un principio y en esta casa todo es pequeño y reducido;

se hará cuanto se pueda con las escuelas externas, y mientras tanto a estas clases reducidas y mal acondicionadas sucederán amplios y numerosos locales donde podremos establecer el internado.»

Al leer estas frases que el buen Padre escribía a sus amados bienhechores, no parece sino que Dios le hizo ver, allá en lontananza, los bien montados talleres, las amplias clases y los hermosos dormitorios y salones que tiene en la actualidad la casa de la Ronda de Atocha. Su obra ha producido copiosos y sabrosísimos frutos.

En otra ocasión, decía:—«Ya aparecieron aque^llas flores de que os hablaba.—¡Qué hermoso conjunto de corazones se presentaron en el momento en que abrimos las clases!

Hace tres Domingos se ha inaugurado el *Oratorio Festivo* y habiendo empezado con cuarenta niños, el último día ascendieron a noventa y dos: muchos de ellos sedientos de una palabra amiga, hambrientos de una sonrisa, de un momento de solaz, y lo que es más, de los consuelos de la piedad, vinieron presurosos pidiendo se les preparara a la confesión y primera Comunión. ¡Cómo se alegrará María Auxiliadora viéndose rodeada de tantos corazones, flores preciosas de su jardín, que regadas con el rocío de la gracia embalsamarán los impuros ambientes de estas calles, talleres y casas.

Hermoso escuadrón de jóvenes que rebosando satisfacción, bulliciosos saltan y corren en nuestro patio, entusiasmas dos vociferan y cantan hasta ensordecen los aires en sus honestas recreaciones, y al poco rato, devotamente se postran delante de María Auxiliadora en su capillita para elevarle cánticos de amor y pedir por sus buenos bienhechores

No olvideis, pues, este hermoso jardín. Para sostenerlo y atraer a él nuevas plantas, para su cultivo y regeneración, hace falta vuestra caridad. Rifa, premios, juegos, música, clases, a todo hay que atender y para ello cuento con vuestra generosidad.»

Si con gusto he transcrito las anteriores líneas, es porque en ellas aparece la gran figura de Don Ernesto, agigantada por su caridad. Es el prototipo del Verdadero Salesiano que cifra todos sus anhelos en salvar las almas de los niños, que pone todos sus afectos en esos rapazuelos, despreciados muchos de ellos y considerados como la hez y la escoria de la sociedad. A ellos va el corazón del buen Padre, y, como Don Bosco, no repara en lo de fuera, en lo que repugna; sólo ve un alma redimida por Cristo a la que hay que salvar.

Modelo acabado fué el Padre Ernesto como Director del Colegio de Utrera, desempeñando su delicada misión con fino tacto y exquisita prudencia; parecía hecho para el cargo, para vivir en la altura, alternando con personas de elevada posición; y vedlo también como modelo en el Oratorio Festivo de Madrid, entre golfillos de la calle, sucios, mal olientes, desplegando entre ellos los mil recursos y habilidades que le sugiere su gran caridad, para penetrar en aquellos corazones, ganarlos y llevarlos a la gracia de Dios.

Ya en 1901 había sido nombrado Inspector de la Provincia Céltica extendiéndose desde entonces su celo apostólico y su actividad incansable a las distintas casas Salesianas que comprendía su Inspectoría.

Recuerdo una escena que presencié al poco tiempo de este nombramiento.

Por asuntos propios del cargo, en una ocasión, fué Don Ernesto a Sevilla, y su modestia y su humildad que aumentaban, por así decirlo, a medida que ocupaba puestos más elevados, dió lugar a una Santa porfía que dejó edificados a cuantos lo presenciaron.

Fué el caso que llegó la hora de comer y al sonar la campana llamando al refectorio, entraron juntos en el comedor nuestro querido don Ernesto y el inolvidable Inspector de Andalucía D. Pedro Ricaldone, actual Prefecto General de la Congregación.

Protocolariamente hablando correspondía a éste el lugar de la presidencia, pero cómo se iba a permitir nuestro amado don Pedro sentarse en el sitio principal estando presente Don Ernesto a quien reverenciaba como a su antiguo Director y quería como a Padre, y con la noble distinción y profunda humildad que le son propias, instó al buen Padre a que ocupase el puesto de preferencia. Negóse a ello, también humildemente, D. Ernesto, pretextando no le correspondía; insistió de nuevo el P. Ricaldone y enablóse entre ambos fraternal y edificante pugilato al que puso término D. Ernesto con su espíritu de obediencia: Calló y ocupó el lugar que el inspector le indicaba, pero tuvo muy buen cuidado a la hora de la cena y en los días siguientes de llegar al comedor antes que D. Pedro y sentarse a la derecha del lugar que éste ocupaba.

Noble porfía propia de dos religiosos ejemplarísimos que tanto honran a su bendita madre la Congregación Salesiana.

Aun cuando la casa salesiana de Huesca pertenece a la Inspectoría Tarraconense, en su fundación intervino Don Ernesto, como puede verse en los siguientes datos proporcionados por el Pbro. D. Blas Lafuente, expresando al mismo tiempo el elevado concepto que le mereció el buen Padre.

En 29 de Julio de 1894 murió en Madrid el Catedrático de Geografía e Historia del Instituto del Cardenal Cisneros. Dicho señor dejó sus bienes para la fundación de una Escuela de Artes y Oficios, en Huesca.

Era uno de los albaceas testamentarios el susodicho Don Blas Lafuente, sacerdote ejemplarísimo que mereció la confianza del finado.

Quiso Dios cayése en manos de D. Blas un número de la «*Semana Católica*» en el que se hablaba de la llegada de los Salesianos a Madrid y de la sublime misión de la Obra de D. Bosco.

He aquí cómo la Divina Providencia fué preparando el camino para la nueva fundación.

Al leer el buen sacerdote el artículo de referencia, vínole la idea, mejor dicho, Dios le sugirió la idea de encomendar la fundación que deseaba el testador Sr. Monreal, a la Pía Sociedad Salesiana, y en 1899, recién llegado el Padre Ernesto a Madrid, púsose el habla con él el albacea del finado.

Empezaron a tratar del asunto, y el 27 de Mayo de 1900, celebró la Testamentaria una larga conferencia con el Rvdo. Padre Rinaldi, y con Don Ernesto.

En 4 de Febrero de 1901 escribía Don Rinaldi a la Testamentaria, que el Padre Ernesto acordara todo lo necesario sobre el asunto y que se entendiesen con él por completo, pues *gozaba la absoluta confianza de la Congregación.*

Bien conocían los Superiores Mayores, el tacto, la delicadeza y prudencia, la finura y discreción que en alto grado poseía nuestro inolvidable biografiado.

El 11 de Mayo de 1902 aprobó éste los planos de la futura Escuela, que también merecieron la aprobación del Capítulo Superior.

En 6 de Junio de 1903, de regreso de un viaje a Turín, concertaron el P. Ernesto y Don Blas Lafuente los preparativos para la fundación.

El mismo mes y el mismo día de 1904, el Director de la Casa de Madrid, Don Matías Buil, decía al Sr. Lafuente, que Don Ernesto estaría de nuevo en la Corte a primeros del próximo Julio, si no total, al menos bastante aliviado de la enfermedad que sufría.

No fué así desgraciadamente, pues murió en Roma el 28 de Octubre de 1904, sin ver coronadas su gestiones por el éxito; el 20 de Abril de 1906, se entregó la nueva Escuela de Huesca al Patrono nato, Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, y a los Salesianos de la Tarraconense, cuyo Inspector era a la sazón Don Manuel Hermida.

Bien se deduce de estos datos—dice Don Blas Lafuente—la opinión elevadísima que Don Ernesto mereció a la Testa-

mentaría, por su inteligencia, serenidad y laboriosidad; y en cuanto a la Sociedad Salesiana, fué extremado su celo por la implantación y desarrollo en esta Corte, donde domiciliado humildemente, al principio, en la Calle de Zurbano, 50 (extramuros), con sus incesantes trabajos, constancia y fe inquebrantables, logró poco a poco, adquirir la Casa, nuevo domicilio, en la Ronda de Atocha, 17, proyectando una preciosa iglesia y un espacioso salón de actos.

Apenas formada la Inspectoría Céltica, fué uno de los primeros cuidados y de los más ardientes deseos de D. Ernesto la fundación de un Noviciado en sitio donde con facilidad pudiese estar en frecuente contacto con los futuros Salesianos. Encontró por fin el lugar adecuado y tras las debidas gestiones se adquirió una casa con su correspondiente huerta en Carabanchel Alto, (Madrid), y encomendó a D. Eduardo Martínez Berrueco la formación de los planos para el arreglo y ampliación de dicha Casa.

Refiere el citado señor un hecho acaecido en dicha época, que pone una vez más de manifiesto la angelical pureza de D. Ernesto. Había en la finca recién adquirida unas estatuas paganas, que si tal vez tenían algun mérito artístico, dejaban en cambio mucho que desear en cuanto a moralidad.

Propúsole el Sr. Martínez le autorizase para vender aquellas estatuas y de ese modo obtener algunos ingresos, que por cierto no venían mal.

Miróle el buen Padre, y con la dulzura que le era habitual, le contestó:

—No, mi buen amigo, no quiero obtener dinero alguno con esa venta; prefiero y así lo deseo, que esas estatuas sean destruidas y que el martillo las reduzca a polvo.

Tampoco logró D. Ernesto ver concluidas estas obras en las que no dejaba de pensar constantemente. Buena prueba de ello fué, que estando ya en Roma, durante sus últimos

días, su pensamiento volaba con frecuencia al futuro Noviciado de Carabanchel, y después de muerto, cumpliendo sus instrucciones, se le enviaron a su sucesor, D. Ramón Zabalo, 5.000 pesetas para el pago de las obras que se realizaban en dicha Casa.

Termino este capítulo con las hermosas palabras que se leen en la Crónica de la Residencia del Procurador General en Roma, después de dar cuenta del fallecimiento del inolvidable P. Ernesto.

«Ojalá que la Congregación tenga muchos de estos hombres, llenos de fe, humildad, prudencia y celo».

CAPITULO VIII

8

CAPITULO VIII

«LA ACADEMIA-PENSIÓN DE S. LUIS».—FINURA Y AMABILIDAD DEL P. ERNESTO.—ES VÍCTIMA DE UN TIMO.—SU TRATO CON LOS COOPERADORES.—DELICADIZA Y HABILIDAD CON QUE SOLICITABA LIMOSNAS PARA LAS OBRAS.

Hombre de gran corazón el P. Ernesto no podía menos de contristarse al considerar que muchos de los jóvenes educados en los colegios salesianos, al terminar sus estudios de bachillerato e ingresar en las aulas universitarias o en las facultades o Academias especiales, corrían gran riesgo de que aquella educación cristiana, lograda a costa de tantos sacrificios durante los años de colegio, quedase sofocada y en algunos casos llegase a zozobrar al vivir por necesidad en medio de compañeros desaprensivos y de poca conciencia, y al encontrarse

solos en una sociedad en que se blasona y alardea de inmoralidad e indiferencia religiosa.

¿Qué será de estos jóvenes—se decía el P. Oberti—sin el auxilio de un buen consejero, precisamente en los momentos más críticos de la vida? ¿Resultarán estériles las enseñanzas recibidas?

Desde luego no se le ocultaba que la buena semilla sembrada en el corazón de esos jóvenes, resucita en muchas ocasiones, tarde o temprano, y produce sus frutos; pero ¿por qué no tenderles una mano y esforzarse por evitar que esa juventud sana de alma, de inteligencia y de cuerpo perezca en el torbellino de la relajación y del vicio?

Preocupado con estas reflexiones, sufría el corazón del buen Padre, y fruto de sus oraciones fué la idea salvadora que le sugirió la Sma. Virgen.

Intimo amigo de D. Ernesto fué el Ingeniero geógrafo Don Eduardo Martínez Berruero, insigne Cooperador Salesiano.

Desde que se conocieron se apreciaron mutuamente, y estas relaciones de amistad fueron creciendo con el frecuente trato llegando hasta quererse como hermanos, considerándose los dos honradísimos con la amistad del amigo: consultaba el Sr. Martínez Berruero al P. Oberti en todos los momentos difíciles de su vida, y honraba éste a su entrañable amigo con igual franqueza.

A Don Eduardo contó D. Ernesto sus temores y sus proyectos y ambos convinieron en fundar un centro donde pudiesen hospedarse los ex-alumnos de los Colegios Salesianos, por un precio módico, y atender debidamente a sus estudios, llevando de este modo la tranquilidad a tantos padres de familia que no pueden menos de sufrir al ver alejarse de sus casas a sus queridos hijos, solos y expuestos a los peligros de la vida.

Fué D. Ernesto quien ideó el proyecto y lo expuso a su

buen amigo, y fué tal el fuego de sus palabras y el ardor de sus razonamientos, que D. Eduardo no pudo menos de exclamar: me tiene Vd. incondicionalmente a su disposición.

Y el proyecto se realizó. En la calle de la Magdalena, n.º 1, se instaló la «Academia-Pensión de S. Luis», y en ella como si fuese una prolongación del Colegio, por el ambiente cristiano que la envolvía, encontraron muchos ex-alumnos una segunda casa donde vivir tranquilos y poder cursar sus carreras, sin malograr los trabajos y sudores de sus padres.

Al frente de la Academia quedó D. Eduardo, la persona de confianza de D. Ernesto; se daban clases para el ingreso en las Academias de cuerpos especiales, pues no hay que olvidar que D. Eduardo era ingeniero geógrafo, y entre él y varios profesores llevaban a cabo la enseñanza necesaria; los jóvenes que cursaban en la Universidad iban a sus aulas y luego tenían sus horas de estudio.

Pero no era esto sólo; como D. Ernesto lo que perseguía era continuar la formación de los jóvenes y atender a sus necesidades espirituales, acudía como el buen padre con frecuencia a la Academia, a la hora de los postres, y de sobremesa charlaba amigablemente con sus antiguos alumnos, interesándose por sus necesidades espirituales y corporales, y dejándoles siempre con una buena palabra, con un consejo que les sirviese de estímulo y aliento.

Buena cuenta de lo que acabamos de apuntar pueden darla un gran número de antiguos alumnos, principalmente de Utrera, entre los que recordamos a D. Juan Bta. Tormo, de Pozoblanco, y a D. Juan Ríos de Morón de la Frontera. Ellos pueden decir bien alto los beneficios que les reportó la Academia-Pensión de San Luis.

Ojalá se estableciesen en Madrid y otras capitales, residencias para los exalumnos salesianos, tomando como modelo la fundada por el P. Oberti. ¡Cuánto bien se podría hacer y qué satisfacción y alegría para los padres de familia!

Y Era D. Ernesto fino en su trato, y tan agradable y simpático que cautivaba desde el primer momento, honrándose todos con su amistad. Corrobora esta manifestación hecha por un gran cooperador salesiano que le trató muy de cerca, lo que nos dice de él, el Padre Atzeni que fué uno de los salesianos que llegó con él a Utrera,—dice—comenzó el pueblo a ocuparse de D. Oberti, y le suponían hijo de un marqués, pues su aspecto aristocrático y educación es neradísima argüían noble linage: y si bien era de buena familia su padre no era marqués sino un médico de Niza que honradamente se ganaba la vida con el ejercicio de su profesión.

Los salesianos de Madrid estaban de luto por la muerte de uno de sus queridos hermanos.

D. Leandro Urrea, Prefecto de la casa, acababa de morir santamente y todos los religiosos y superiores lloraban la pérdida de salesiano tan ejemplar.

En tan tristes momentos, presentóse en la portería del Colegio un caballero de porte elegante e irrepochablemente vestido.

Preguntó por el Padre Urrea y al notificársele yacía su cadáver en la sala, convertida en capilla ardiente, fueron tales las demostraciones de sorpresa y de dolor que hizo, que no pudo menos de llamar la atención de cuantos le vieron, y penetrando donde el cadáver estaba, arrojóse sobre él sollozando, cubrió sus manos de besos, y durante algunos momentos permaneció absorto contemplándole en silencio, mientras por sus mejillas se deslizaban algunas lágrimas.

Al fin, sobreponiéndose a sí mismo, exclamó entre sollozos:

—Mi amigo, mi padre, mi protector,—y volvía a besar su mano.

—Tú sólo sabes cuánto te debo, tú fuiste siempre mi consejero en los momentos difíciles de mi vida. ¡Si supieras, Padre Urrea, en la situación en que me encuentrol De la Delega-

ción de Hacienda de Burgos me han trasladado a Madrid. Y ahora que soñaba estar a tu lado, la muerte me priva de mi mejor amigo. En esta ocasión, tú me sacarías del apuro.

Y así continuó monologando entre lágrimas y sollozos, abriendo su corazón al que fué su protector y contándole sus apremiantes necesidades, como si el P. Urrea pudiera oír sus cuitas y consolarle.

Al conocer el P. Oberti la necesidad de aquel caballero que tales demostraciones de dolor hacía ante la desgracia que todos lamentaban, conmovióse su corazón de padre, enternecido por las lágrimas y frases del desconocido, a quien se apresuró a socorrer entregándole las 200 ptas. que precisaba para retirar los muebles de la estación y conducirlos a su nuevo alojamiento, creyendo tal vez honrar así también la memoria del difunto.

Deshízose en cumplidos y agradecimientos el caballero y se retiró, no sin antes dirigir una postrera mirada al P. Urrea y enjuagar sus ojos.

No bien salió, el P. Ernesto volviéndose rápido a Don Eduardo Martínez Berruero, testigo presencial de la escena descrita, le dijo:

—Mande inmediatamente seguir a ese señor hasta ver dónde entra. Me da el corazón, amigo D. Eduardo, que he sido timado. En el modo de coger el dinero, en la mirada, he notado un algo especial que me hace sospechar he sido víctima de un timo.

En efecto, así fué: al rato volvió quien fué siguiendo los pasos del seudo caballero: no pudo dar con él, le había perdido de vista.

El ladrón habíase aprovechado hábilmente de las críticas y dolorosas circunstancias y del corazón del P. Ernesto, de cuya caridad tal vez tuviera referencias.

La comedia había estado admirablemente representada. Fué el P. Oberti amigo verdadero de los Cooperadores

Salesianos, tomando parte en sus desgracias y alegrías de familia, y muy principalmente en las primeras siempre estaba con ellos, llegando a veces a remediar, dentro de su posibilidad, las necesidades materiales que sufrían.

Al saber~ tenían algún enfermo, no dejaba de visitarle diariamente, prodigándole sus consuelos y sus paternas consejos.

A este respecto, refiere un Cooperador de Madrid, que teniendo una hija gravemente enferma con pulmonía, acudió D. Ernesto a visitarle y viendo a la familia alarmadísima y consternada no sin razón, pues el estado de la enferma inspiraba serios temores, acercóse el buen Padre al lecho, y con la fe de un hijo de D. Bosco imploró sobre la enferma la protección de María Auxiliadora, dándole la bendición de la celestial Madre. En aquel mismo día, hizo crisis la enfermedad, y aquellos desconsolados padres, tuvieron la satisfacción y el contento de ver sana y salva a aquella hija que casi consideraban perdida.

El mismo cooperador cuenta que algún tiempo después, el Señor le concedió una nueva hija, y en aquellos momentos de alegría también el P. Ernesto quiso asociarse al júbilo de familia que tanto hacía por la Obra de D. Bosco, y al efecto solicitó y obtuvo autorización del Párroco para bautizarla.

En los primeros años de la fundación de la casa de la Ronda de Atocha, la gran preocupación del P. Ernesto fué procurar~ los recursos necesarios para llevar adelante las obras comenzadas y muy principalmente la Iglesia de María Auxiliadora, a fin de que en la Corte de España tuviese también, cuanto antes, un trono la taumaturga Virgen de Don Bosco.

Era de ver la delicadeza con que se conducía en sus visitas a los Sres. Cooperadores en demanda de limosnas.

Nunca pidió dinero directamente; hacíalo con tal finura, pintando la situación de los pobres niños, el estado de las

obras de la Capilla, y todo esto dicho con tal afabilidad y agrado y amenizándolo con una serie de ocurrencias y con hechos de la vida de D. Bosco, que al oírlos no había quien pudiera resistir a su deseo y siempre sacaba «mendrugo», como él decía, para los Hijos de D. Bosco.

Indudablemente era un gran diplomático, o como se dice en términos vulgares, tenía mucha mano derecha.

En los días de fiesta más solemnes del año, gustábase verse rodeado de algunos Cooperadores en la mesa, y durante la comida daba rienda suelta a sus expansiones de alegría, las cuales le daban siempre un positivo resultado de limosnas para las obras de la iglesia y para los niños que formaban su constante obsesión.



CAPITULO IX

LA IGLESIA DE MARÍA AUXILIADORA, EN MADRID.—ENFERMEDAD,
ÚLTIMOS DÍAS Y MUERTE DEL PADRE ERNESTO.

Fué Don Ernesto un entusiasta propagador de la devoción a María Auxiliadora, constituyendo su mayor anhelo el que la Virgen Santísima tuviese, bajo tan consoladora advocación, iglesia propia en la coronada Villa.

Como buen hijo de D. Bosco, estaba seguro y persuadido de que María Auxiliadora habría de derramar a manos llenas sobre los madrileños los tesoros de sus gracias, que misericordiosa enjugaría muchas lágrimas y llevaría la paz y la alegría al seno de las familias, y que esos hijos agradecidos sabrían corresponder dignamente a sus finezas maternas ayudándole a llevar a feliz término la construcción de la iglesia que

proyectaba, siendo por tanto Ella la que había de erigirse su propia morada, como muy justamente lo pregona el rótulo que en hermosos caracteres campea en el arco del coro de su iglesia: *Ædificavit ibi domum Maria*.

¿Cómo concebir una Casa Salesiana sin su Madre celestial, a cuyas plantas puedan acudir Salesianos, niños y cooperadores a abrirle su corazón y contarle sus penas?

Puso pues el buen Padre manos a la obra con todo el afán de su acendrado amor y con el mayor entusiasmo de su alma, y de día y de noche y constantemente, su sueño, su pesadilla, su obsesión fué ver terminada cuanto antes la iglesia de María Auxiliadora. Y desde entonces no descansó un momento ni se dió un instante de reposo.

Oigámosle; él mismo nos va a contar sus afanes y proyectos respecto a la nueva iglesia: va a descubrirnos los motivos que le impulsan a edificarla, las primeras dificultades ya vencidas, y su deseo de que la nueva iglesia fuera obra de todos, sin distinción de clases ni jerarquías.

«Después de arregladas y amuebladas las clases—escribía a sus cooperadores, en 1903—lo primero fué pensar en levantar una capilla o iglesia: como que viene a ser el complemento de estos comienzos de la obra Salesiana. En efecto, con la generosa limosna de algunos Cooperadores se emprendieron los trabajos, habiendo alcanzado ya la edificación lo que ha de ser pavimento de la iglesia, pues el subsuelo de ésta será un grande y espacioso sótano.

La iglesia no tiene aquí solamente el fin de subvenir a la necesidad del *Oratorio festivo*, no. Se ha tenido también en cuenta que en toda esta barriada no hay ninguna otra, y que si bien hay algún templo a bastante distancia, no teniéndola a la vista, por decirlo así, hasta pierde el pueblo la idea de ella—esto es lo que aquí pasa—y ahí va nuestro pensamiento: favorecer a esta Ronda con un templo al que los hijos atraigan a

sus padres, y los Salesianos hablando y enseñando a aquellos enseñen y hablen a estos.

Antes que nadie debió comprender bien esta verdad y temer sus consecuencias, el *enemigo*; debió temblar y asustarse al saber que lo que se quiere es elevar en esta barriada un trono a la Madre de Dios, María Santísima Auxiliadora, y por ende puso en práctica sus trabajos y esfuerzos para, si no impedirlo, retardarlo siquiera. Y es innegable que, si lo primero no lo podrá, mientras haya fibra de corazón cristiano, lo segundo le fué facilísimo.

De unos derechos que se nos discutieron sobre uso de medianería nació la primera dificultad. Esta motivó la suspensión de los trabajos hasta que quedó resuelta favorablemente; luego surgieron otros nuevos inconvenientes, tales como la falta de recursos y el encontrarse el tiempo, en época nada conveniente para las obras, pero en Abril, probablemente podrían reanudarse los trabajos, y en cuanto a la falta de medios, confío en que vuestra caridad la sabrá vencer también. He aquí la empresa, de no escasa importancia, que propongo a vuestra generosidad, y que no dudo me ayudareis a realizar.

Espero que esta iglesia de Madrid sea obra de muchas caridades, en las que se confundan y mezclen la generosa oferta del rico, la del humilde artesano, la de la dama ilustre y el óbolo de la pobre madre de familia, y así todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, puedan con la misma confianza y satisfacción, visitar a la que es su *Auxilio*, en el templo, que cada uno se complacerá en mirar como fruto de su desprendimiento, de su amor y devoción.

Como se ve, la iglesia de María Auxiliadora constituía su gran obsesión.

Conversaba en una ocasión con D. Matías Buil, Director de la casa, encomendándole activase la obra de la iglesia. Estaba presente su gran amigo D. Eduardo Martínez a quien como ya se dijo había encargado los planos de la casa de Ca-

rabanchel Alto, y, según cuenta D. Eduardo, mostróse aquella vez D. Ernesto algo impaciente; era el celo de la gloria de Dios y de su bendita Madre que le consumía, era el disgusto y la pena que afligían su corazón al ver que no marchaban, con la rapidez que quisiera, las obras de la iglesia, su gran ilusión, y en la que cifraba tan grandes esperanzas, pues a la sombra del santuario la casa salesiana prosperaría cada vez más, sus niños tendrían un magnífico templo donde celebrar sus fiestas y actos religiosos, y la barriada una iglesia donde cumplir con sus deberes cristianos.

En uno de sus viajes que como Inspector hizo desde Vigo a Santander, fatigado y rendido, durmióse el buen Padre durante la noche. Era ésta extremadamente fría, y para colmo de males, la ventanilla del departamento en que viajaba tenía el cristal roto. Muy de madrugada despertóse D. Ernesto casi yerto, y con asombro vió que iba cubierto de nieve de cintura para abajo.

Desde entonces su salud empezó a sufrir grandes trastornos, sin que él en un principio le diese la importancia que tenía.

Esto, juntamente con la continua preocupación por las obras de la iglesia, y las contrariedades que sufría su bondadoso corazón, fueron la causa de la grave enfermedad, de trastornos hepáticos, que le llevó a la tumba.

Por eso no logró ver coronados sus afanes y desvelos.

Cuando el edificio estaba cubierto y comenzaba el decorado de la iglesia, Dios le llamó a recibir el premio de sus virtudes; María Auxiliadora quiso que su hijo predilecto viese desde el cielo la solemne inauguración de su templo.

Diez meses duró la penosa enfermedad, pero a pesar de la indisposición y las molestias consiguientes, no dejó abandonados los negocios de la Inspectoría; siguió firme en su puesto hasta última hora, cuando ya las fuerzas agotadas no tuvo más remedio que inclinar su frente y decir con la resignación cristiana del buen religioso: *«Hágase la voluntad de Dios»*.

Durante su enfermedad y obedeciendo órdenes superiores recorrió varias casas de España en busca de la ansiada salud, dejando sembradas a su paso por ellas la pena y el dolor, pues cuantos le conocían, no podían menos de entristecerse al verle en aquel estado de abatimiento y postración.

No es para descrito el sentimiento general que causó su presencia en Utrera: los salesianos, los niños, los antiguos alumnos y cooperadores, y el pueblo entero se conmovieron al ver a su querido Padre, a su inolvidable D. Ernesto; el que durante tantos años había edificado a todos con el ejemplo de sus virtudes, víctima de aquella enfermedad, con aquel semblante amarillento y triste que inspiraba compasión y lástima. Todos a porfía rivalizaron en sus demostraciones de filial cariño y en elevar sus votos al cielo por el restablecimiento de la salud de aquel ser tan querido.

Había en Utrera un maestro hojalatero llamado Camargo el que durante muchos años prestó sus servicios en el Colegio, y apreciaba a los Salesianos no sólo por el trabajo que le proporcionaban sino también porque admiraba el bien que hacían, sintiendo por Don Ernesto una predilección especial y una veneración profunda.

Coincidió la llegada del carruaje en que venía el Padre de la estación con la entrada en el colegio del maestro Camargo.

Paróse éste, y movido por la curiosidad, miró a ver quién bajaba del coche.

Descendió el buen Padre, pero tan demudado y triste, que Camargo sin darse cuenta de lo que hacía, se adelantó y pintándose en su semblante la sorpresa y la pena, exclamó, mientras respetuoso le besaba la mano:

¡Pero... D. Ernesto!; y se le quedó mirando de hito en hito, sin poder impedir que las lágrimas asomasen a sus ojos.

Lo que calló, significaba mucho más que lo que dijo. Su pena, su dolor, su cariño.

¡Y era que el buen Padre se había ganado el corazón de

cuantos le conocieron, hasta el del humilde y sencillo obrero. Todos le querían y veneraban!

En Agosto de 1904 fué a Turín para asistir al Capítulo General, y por consejos de los Superiores, visitó varias casas de Italia con la esperanza de que las atenciones de los hermanos y el descanso le devolverían la salud perdida.

Al principio pareció mejorar, pero la mejoría fué cosa pasajera. Se agravó en Roma, a donde llegó a fines de Septiembre.

Los Superiores que no perdonaban medio alguno para atender debidamente al enfermo, acordaron celebrar consulta de médicos. Estos diagnosticaron la existencia de un tumor maligno en el hígado y declararon desesperada la curación.

Resignado el paciente, se preparó a la muerte, que fué un eco fiel de su vida, empleada toda en la piedad, en la educación de la juventud y en las virtudes religiosas.

Con la crónica de la Residencia del Procurador General de la Congregación Salesiana, en Roma, y con los preciosos datos y notas del entonces enfermero D. Angel Tirone, Subdiácono, que trató varios días al Padre Ernesto, podemos seguir el curso de su enfermedad, recordar sus últimos momentos, llenos de luminosas enseñanzas, y asistir, en cierto modo, a su santa y edificante muerte, fin sublime y glorioso de una vida eminentemente Salesiana.

28 Septiembre 1904.—Viene a vivir en la Casa Procuraduría de los Salesianos en Roma, Don Ernesto Oberti, Inspector de la Célitica, que se encuentra enfermo.

23 Octubre.—Se participa al Capítulo Superior que la salud de Don Ernesto Oberti va agravándose, y que el doctor Marchiafava le encontró un tumor maligno en el hígado.

24 Octubre.—El pobre Don Ernesto Oberti se va agravando rápidamente. Se recibe un telegrama de Turín preguntando si ya no hay esperanza. Se contesta que nó, y en carta anterior pregunté si había que proveer a alguna cosa.

Las mutuas e incesantes relaciones entre el Capítulo Superior y la Residencia del Procurador General interesándose de continuo por la salud de Don Ernesto, son una prueba, harto reveladora, de la grandísima pena de los Superiores Mayores ante el triste desenlace que inevitable se avecinaba, y del gran cariño que todos tenían a aquel ilustre Salesiano, hijo predilecto de la Congregación, por la que tanto había trabajado.

Don Tirone dice que el Padre Oberti se lamentaba con frecuencia de las molestias que causa, y no deja humildemente de repetirlo, hasta que se entrega al llanto.

Frecuentemente pronunciaba jaculatorias, en español, aun en los momentos de delirio. En uno de éstos, púsose el buen Padre a rezar el «Gloria in excelsis». Llegado al «Tu solus Dominus» no supo continuar más, y, (estando solamente D. Tirone en el cuarto) D. Marengo,—dijo,—¿cómo se continúa? ¿cómo se va adelante? El enfermero le insinúa: «Tu solus Altísimus». Entonces vuelve en sí el enfermo, y sentándose cerca de D. Tirone le pide perdón por la molestia.

Como oyese decir, en una ocasión, que se debía estar preparado para la muerte, manifestó que él hizo los últimos Ejercicios espirituales persuadido de que pronto había de morir.

No pudiendo estar en ayunas, a causa de su enfermedad, no recibía diariamente la Sagrada Eucaristía, por el gran respeto y reverencia que tenía al Sacramento, pero procuraba compensarlo con un mayor empeño en la observancia de las Santas Reglas.

Llegamos al miércoles,—dice D. Tirone—el último que D. Oberti pasaría entre nosotros. Estaba en la creencia de que no era miércoles; al anoecer manifestó al enfermero deseos de comulgar al día siguiente; de repente, cambiando de modo de pensar, dice que no recibiría la comunión, porque su enfermedad no le parecía tan grave para comulgar no estando en ayunas. Pero al preguntarle qué día sería el siguiente y decirle

sele que Jueves, «observemos la Regla», exclamo, y comulgó ese día. (1)

El mismo Jueves quiso hacer nuevamente su confesión general para humillarse cada vez más. D. Marengo le hizo presente que no convenía, y entonces nuestro queridísimo Don Ernesto pidió por favor que le dejara besar su mano, y condescendiendo el Procurador General, besósele una vez por D. Bosco, otra por D. Rúa, la tercera por el primer superior salesiano que conoció y la cuarta vez por el mismo D. Marengo.

Luego conmovido pidió perdón con toda humildad a D. Marengo por las molestias que le causó, y por los escándalos que tal vez le hubiera dado. Continuó llorando, e impresionado el Procurador General no pudo menos de llorar, también él, viéndose precisado a salir de la habitación.

27 Octubre.—Esta tarde D. E. Oberti está más abatido; la respiración es afanosa; parece se acerca el fin.

28 Octubre.—Esta mañana, a las 2 y media, el querido Don E. Oberti expiró, entregando su bella alma a Dios. Estuvo acompañado en sus últimos momentos de todos los de la casa. Nos deja luminosos ejemplos de virtud. Ojalá que la Congregación tenga muchos de estos hombres, llenos de fe, humildad, prudencia y celo... Se telegrafió la noticia de la muerte a Don Rinaldi a Turín y a D. Ramón Zabalo a Bilbao, a fin de que se le apliquen enseguida los debidos sufragios. Aquí se prepara un solemne funeral en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús.

29 Octubre.—Esta mañana a las 6'15, cumplidas todas las prácticas religiosas, el cadáver del Padre Ernesto fué trasladado a la parroquia del Sagrado Corazón, en la que se celebraron los solemnes funerales, oficiando el propio Procurador General D. Marengo, que también acompañó el cadáver hasta el cementerio.

(1) En las primeras ediciones de las Constituciones se estatuyó que los no sacerdotes comulgasen por lo menos Jueves y Domingos.

D. Ernesto Oberti voló al Cielo en la madrugada de un sábadó; parece como que María Auxiliadora había aguardado al día a Ella consagrado para recibir el alma de su hijo predilecto, para premiar al que tanto había trabajado, durante su vida, por extender el imperio de su devoción.

Con la muerte de D. Ernesto la Congregación Salesiana ha perdido uno de sus hijos más preclaros. Utrera, que por muchos años fué el campo de sus fatigas y por la que sintió siempre particular cariño, Madrid cuya casa fundó y la Inspectoría Céltica que con tanto celo rigió por varios años, guarda \ recuerdos indelebles de sus virtudes, de su amabilidad y de su celo infatigable.





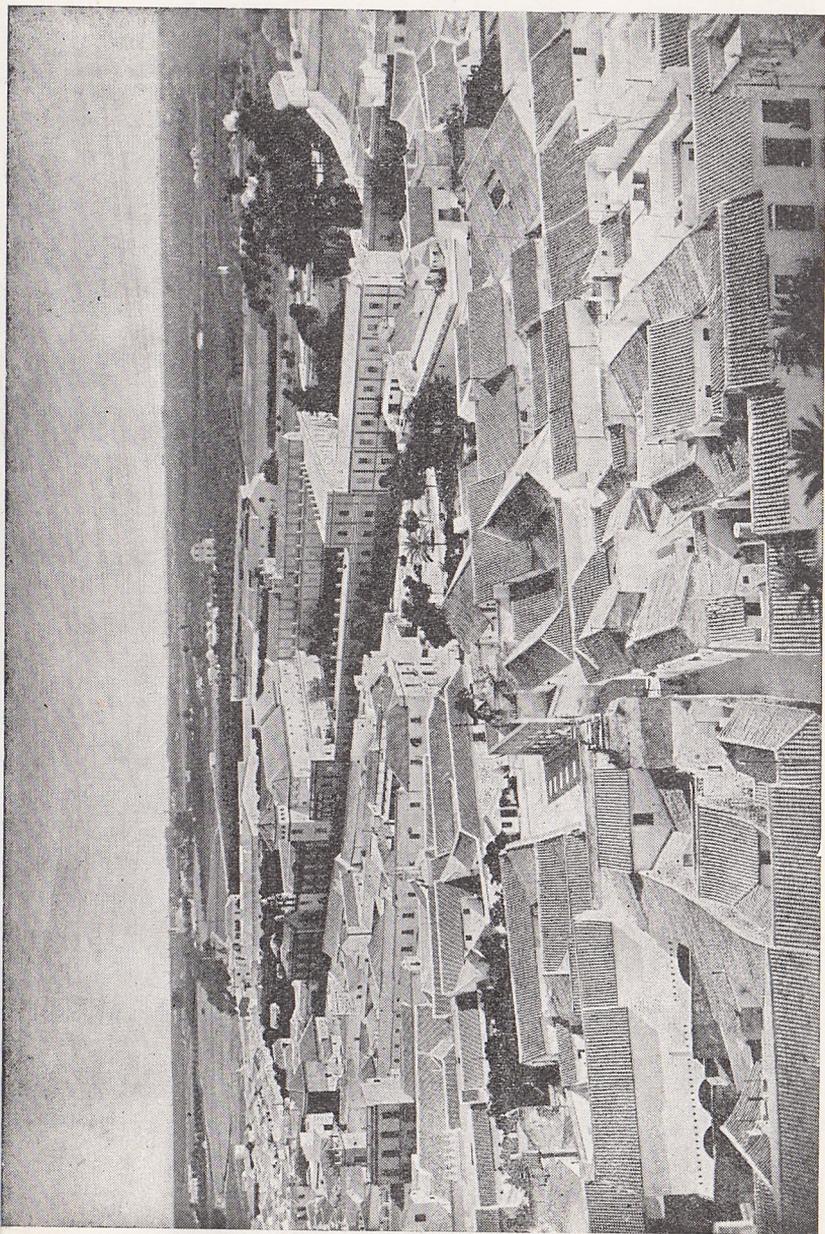
CAPITULO X

FLORES SOBRE LA TUMBA DEL PADRE

¡Don Ernesto ha muerto! Su recuerdo no se borrará nunca de nuestra mente: su amable figura vive aún entre nosotros con sus obras y el ejemplo de sus virtudes. Y por eso, porque nos es dulce y consoladora su memoria, no nos cansamos de repetir su nombre, ni de llorar su muerte.

Permítaseme terminar estas notas biográficas transcribiendo algunas líneas que del buen Padre han escrito personas que le conocieron muy de cerca, a fin de que resulte más viva y real la simpática figura de aquel verdadero y digno hijo de D. Bosco.

Sean estos recuerdos como flores que nuestra gratitud y cariño depositan sobre la tumba del amadísimo e inolvidable sacerdote...



El Colegio Salesiano de Utrera en la actualidad, visto desde la torre de Santa María.

«Quien lo haya conocido y tratado—dice D. E. L.—no se cansará jamás de admirar y hablar de sus virtudes. Resplandecía sobre manera en él una rara prudencia que unía a un carácter firme y amante del bien.

Tanta era su modestia y porte exterior que bastaba tratarle una vez a las personas más finas y exigentes, para que quedaran prendadas de él, ansiando sólo su conversación y su presencia. Exquisitamente bondadoso, jamás dejaba de atender a decir ni el más mínimo servicio.

Todo lo cual, junto a una piedad muy acendrada y a una amabilidad sin lisonja, hacía de él un verdadero retrato del Obispo de Ginebra, San Francisco de Sales.

Enemigo de la alabanza, no quería nunca que diera publicidad ni ruido a sus obras, detrás de las cuales, aun de las más grandes, desaparecía su persona. Cuidaba de sus hermanos y alumnos como un verdadero padre, nombre que siempre se le dió por su exquisita amabilidad y trato.

¡Cuántos corazones lloran hoy la pérdida de ese Padre! ¡Cuántas almas han perdido un sabio consejero, un incomparable amigo! Pero esperamos que si en la tierra hemos perdido un padre amantísimo, hemos ganado un intercesor en el cielo.

Quien escribe estas notas biográficas decía, entre otras cosas lo siguiente, en un artículo publicado en el «*Don Bosco en España*»:

«Fué, el nunca bastante llorado D. Ernesto, varón prudente y de consejo, inalterable en toda circunstancia, previsor, caritativo, de corazón sensibilísimo y agradecido.» Todas estas nobles cualidades le granjearon la universal estimación y le rodearon de incalculables prestigios, habiéndose podido apreciar, siquiera en parte, las grandes simpatías de que gozaba el día en que los superiores, confiándole una ardua y delicada misión, lo destinaron, en 1899, a fundar la Casa de Madrid. En 1901 fué nombrado Inspector de las dos Castillas y el Noroeste de España.

En el desempeño de todos los cargos que le fueron confiados dió D. Ernesto muestras de sus esclarecidas dotes de gobierno, de sus eximias virtudes, avaloradas todas por una humildad profundísima, de su gran corazón de padre que para todos tuvo consolaciones y dulzuras inefables.

Los que tuvimos la dicha de conocerle, siempre recordaremos que en torno a su persona se notaba un no sé qué, que inspiraba respeto y veneración. Era el perfume de sus grandes virtudes y particularmente de su angelical pureza que transcendía y subyugaba.

Todo le parecía poco cuando se trataba del bien de las almas y jamás tuvo consideraciones para sí, buscando tan sólo con un desprendimiento, a veces heroico, hacerse digno de su misión y de D. Bosco.

Fué maestro de maestros: en su escuela aprendió un gran salesiano que en sus trabajos, por tierra de andalucía, dejó bien sentada fama y alto renombre de su vasta ciencia y apostólicas tareas, y que, al correr de los años, ha venido a ser el actual Prefecto General de la Congregación Salesiana, hoy Rector Mayor, el Reverendísimo D. Pedro Ricaldone.

En el corazón de D. Ernesto moldeó el suyo aque angel de pureza, aquel Salesiano dechado de virtudes, que fué honra, prez, timbre y gloria de la Obra de D. Bosco, el inolvidable D. Antonio Ricaldone.

También fueron formados por él, D. Mauricio Arato, D. Luis Sutura, D. Joaquín Bressán, D. Antonio Castilla, Don Salvador Rosés, y tantos y tantos otros salesianos que actualmente ocupan elevados puestos en la Congregación.

Discípulos suyos fueron también una pléyade inmensa de antiguos alumnos que diseminados hoy por toda España, hacen fructificar aquella semilla que un día sembrara en sus corazones el bondadoso Padre.

Figuras tan preeminentes, discípulos tan aventajados, reli-

giosos tan ejemplares, formados en su escuela, constituyen el mayor elogio de tan experto maestro.

Considérase, muy justamente por cierto, a aquel varón insigne, religioso ejemplarísimo y apóstol entusiasta e incansable de la devoción de María Auxiliadora, como a una de las más preciadas joyas de la Obra de Don Bosco en España.

Fué un astro de primera magnitud en el cielo de la Congregación Salesiana, y, su paso por nuestra Patria, dejó tras sí una estela luminosa en la que se leen en caracteres de oro **«Pasó haciendo el bien».**

Como digno florón y remate, como aureo broche de estas notas biográficas, inserto a continuación lo que el Rvmo. Don Pedro Ricaldone, Inspector en aquel entonces de Andalucía, escribió de él:

«Era Don E. Oberti—dice—un distinguido y celosísimo obrero evangélico en el que brillaban todas las cualidades y dotes del Apóstol infatigable y del digno hijo de D. Bosco. Se había consagrado desde sus más tiernos años a la sublime obra de la regeneración de la juventud, alistándose y militando bajo el glorioso lábaro del insigne Apóstol de la niñez.

En 1881 formaba parte en la primera expedición que nuestro venerado Fundador enviaba a España, instalándose en Utrera, donde gracias a la generosa y caritativa espléndidez del Excmo. Sr. Marqués de Ulloa, primero, y más tarde del malogrado Excmo. Sr. D. Miguel Murube, pudieron los Salesianos echar los sólidos cimientos de aquella fundación que había de ser como el primer eslabón de una venturosa cadena cuyo desarrollo, hoy sumamente consolador, no nos es dado definir.

A los impulsos de las celosas iniciativas del P. Oberti, el Colegio de Utrera alcanzó justificado renombre, llegando a figurar en primera fila entre los centros de educación más renombrados de España.

Ni los incesantes cuidados del Colegio fueron parte para que no desplegara las actividades de su celo incansable en

otras obras encaminadas a buscar la gloria de Dios y el bien del prójimo.

Profesaba un amor ternísimo a María Auxiliadora, cuyas glorias y devoción se afanaba en propagar sin descanso. Impulsado por ese cariño filial estaba en la actualidad levantando una magnífica iglesia a nuestra excelsa Protectora, y ardía en deseos de verla cuanto antes abierta al culto. Cuando ya se acercaba ese momento afortunado, le acometió la rebelde enfermedad que debía llevarle al sepulcro. María Auxiliadora quería que la viese rodeada de célicos resplandores, bajo las eternas bóvedas del Alcázar celestial.» Hasta aquí D. Pedro Ricaldone.

Los sudores que el inolvidable Padre Ernesto derramó en esta tierra bendita de España, serán abundantísimo riego para la Obra de D. Bosco que crecerá siempre pujante hasta hacerse grande y gigantesca.

Has muerto en Roma..... ¡cuánto sienten tus hijos no poseer aquí tus restos, oh amadísimo Padre! Acatemos la voluntad de Dios, que así lo ha dispuesto.

Acepta este recuerdo que, en nombre de todos tus hijos, deposi a sobre tu tumba uno de ellos a quien hiciste mucho bien y que te pide le bendigas desde el cielo.



A handwritten mark or signature in black ink, consisting of a stylized, cursive letter 'S' or a similar symbol.

INDICE



	<u>Págs.</u>
<i>Dedicatoria</i>	1
<i>Prólogo</i>	3
<i>Carta-introducción</i>	7
Cap. I.—Llegada a Utrera de los primeros Salesianos que vinieron a España.	11
» II.—Nacimiento de D. Ernesto.—Su ingreso en la Congregación Salesiana.—Su venida a España.—Da Clase al primer alumno.—Es nombrado Director de la Casa de Málaga.—Sustituye a Don Juan Branda en la Dirección de la Casa de Utrera.—Documento aureo.— Su recogimiento y pureza	21
» III.—De otras virtudes y hechos edificantes.—Definición del Cooperador Salesiano.—Su prudencia	30
» IV.—La caridad y la fe obran prodigios.—Inauguración de unas obras y una célebre repartición de premios	36
» V.—D. Ernesto como Director del Colegio de Ntra. Sra. del Carmen.	45
» VI.—Llegada a Madrid de D. Ernesto para fundar una Casa Salesiana.—Sus comienzos y planes.—Recomienda con encarecimiento la lectura del «Boletín Salesiano».—Se interesa por los niños abandonados.—Las primeras fiestas en el hotelito de la calle de Zurbano.—Adquisición de la casa n.º 17 de la Ronda de Atocha.—El por qué del sitio elegido.—Proyectos y necesidades . .	51
» VII.—El 8 de Septiembre de 1901.—El Oratorio festivo.—Sus flores y frutos.—Hace un nuevo llamamiento a la caridad de los Cooperadores.—Es nombrado Inspector de la Provincia Céltica.—Inicia la fundación de la Casa de Huesca.—El Noviciado de Carabanchel Alto	57
» VIII.—«La Academia.—Pensión de S. Luis».—Finura y amabilidad de D. Ernesto.—Es víctima de un timo.—Su trato con los Cooperadores.—Delicadeza y habilidad con que solicitaba limosnas para las obras.	64
» IX.—La Iglesia de María Auxiliadora en Madrid.—Enfermedad, últimos días y muerte de D. Ernesto	71
» X.—Flores sobre la tumba del Padre	80

• X —	• X —	• X —	• X —
• IX —	• IX —	• IX —	• IX —
• VIII —	• VIII —	• VIII —	• VIII —
• VII —	• VII —	• VII —	• VII —
• VI —	• VI —	• VI —	• VI —
• V —	• V —	• V —	• V —
• IV —	• IV —	• IV —	• IV —
• III —	• III —	• III —	• III —
• II —	• II —	• II —	• II —
• I —	• I —	• I —	• I —

—
—
—

INDICE

